



NOÉ BLANCAS BLANCAS

A LA SOMBRA DEL SOMBRERO

CUENTO

Colección Juan García Jiménez

A la sombra del sombrero

Noé B1ANCAS B1ANCAS

SALVADOR ROGELIO ORTEGA MARTÍNEZ
Gobernador del Estado Libre y Soberano de Guerrero

RAFAEL TOVAR Y DE TERESA
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

ARTURO MARTÍNEZ NÚÑEZ
Secretario de Cultura

ANTONIO VERA CRESTANI
Director General de Vinculación Cultural

CITLALI GUERRERO MORALES
Subsecretaria de Promoción Cultural

ANTONIO SALINAS BAUTISTA
Director de Capacitación y fomento a la Lectura

Este libro se publicó gracias a la convocatoria Programa Editorial 2013 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Secretaría de Cultura.

Los cuentos «El tundo marrón», «La espada de los chanes» y «A la sombra del sombrero» fueron escritos gracias al apoyo del fondo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Guerrero, en 1999-2000.

Noé Blancas Blancas
A LA SOMBRA DEL sombrero



GUERRERO
GOBIERNO DEL ESTADO
LIBRE Y SOBERANO

SECRETARÍA DE
CULTURA

 **CONACULTA**



Diseño de portada
JAVIER MUÑOZ NÁJERA

Diseño de interiores
CARLOS ADAMPOL GALINDO RODRÍGUEZ

DR © CL EDITORIAL PRAXIS, S.A. DE C.V.
Vértiz, 185-000, col. Doctores, del. Cuauhtémoc,
06720, México, DF, telefón 57 61 94 13
www.editorialpraxis.com
Primera edición, 2015
ISBN 978-607-420-170-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección, formato, son propiedad del editor.

*Para Adriana:
el sol y el sombrero.*

Ambrosia pidió la lluvia

La lluvia que pidió Ambrosia remojó las casas desde sus cimientos, y el ventarrón que se dejó sentir hacia la madrugada acabó por destruirlas. Quienes no amanecieron tiritando en los pretiles vieron clarear debajo de los árboles.

La movilización empezó todavía oscurita la mañana, así que cuando salió el sol ya teníamos una idea certera de cuánto se había perdido.

Yo no tuve la menor intención de rehacer lo deshecho ni de ayudar a los más necesitados, que eran los de siempre. Estuve, desde que cayó la última teja sobre mi catre, pensando en Ambrosia, y en cómo hacer para llevármela de Piedra Blanca, pero sin su hijo Lucio, el loquito.

Rescaté la hamaca del lodazal que había quedado de mis cosas y la colgué de un ciruelo. Desde ahí estuve dando los buenos días a los compadres y a los vecinos —«¡Buenos para ti, cabrón, que te mantienen las viudas!»—, esperando que Ambrosia llegara a pedirme ayuda para ir a buscar a sus marranos, pero el sol calentó hasta darme comezón y fui a darme una vuelta al Zócalo; ahí vi a su hijo Lucio, amarrado a un pilar de la comisaría.

—¿Quién te amarró?

—Mi mama me amarró pa que no la fuera siguiendo a buscar la marrana colorada, que se fue pal arroyo, pa que no me fuera a dar mi mal en el remanso.

Como pude atravesé el día, sin querer buscarla pero desesperado por hallarla. En la noche, la comisaria Maribel llamó a reunión y leyó una lista de los más dañados, de los que ya habían

empezado a reparar sus casas, de los que no habían hecho nada por arreglarlas —ahí estaba yo— y al final, de los que todavía vivían. Ambrosia no apareció en ninguna.

—Sería muy lastimoso leer la lista de los que ya no están —dijo al ver nuestro azoro—; pidamos a Dios resignación.

Entonces me regresé a mi hamaca y sentí, como nunca, res-tregándose en mi piel toda la desgracia, la ausencia, la muerte.

Yo la empecé a visitar después de aquella vez que le saqué a Lucio del arroyo. Como le encantaba corretear los chuches, se fue tras la marrana colorada, una marrana guzga que todos apedrea-ban porque le gustaba meter el chuzo en el nixtamal, y ahí me-rito, a medio arroyo, le dio la alferecía, como siempre que había luna llena. Lo alcancé a ver y me eché al agua con la reata; lo amarré de la cintura y lo saqué. Me vieron unos, le fueron a avi-sar a Ambrosia, y ya estaba ella en la orilla cuando le entregué al guache. Y ya de ahí nos fuimos a su casa y nos quedamos toda la noche cuidando su guachito, que había tragado harta agua. Y ya nos empezamos a besar. «Tengo hartos sueños, voy a dormir un rato», dijo. Y se me amaneció ese día mirando su cara redonda, su quijada puntiaguda, su boca cariñosa, su nariz malhecha.

Ambrosia era pequeña, como una cuchita, difícil de con-venir y de penetrar. Besaba quedo y con calma, con devoción, suave de veras. Ella tenía su maldición de que no quería querer a nadie desde que murió el marido. Según porque se turbó la Berna, que se lo llevaron a curar, y ella le dio remedio, pero se lo dio equivocado y tardó, tardó el marido en cama hasta que se murió y la dejó a Ambrosia panzona. «Pobrecita —se acordarán ustedes que decía el plebe del Curi—, ésa ya quedó para noso-tros». Pero no, ella no se tiró a la perdición.

Ayer, como a estas horas o más tarde, me dejó arrumbado en la hamaca; «Yo orita vengo», me dijo, «encierra los chuches porque ora sí seguro llueve», y se fue a la procesión que ella ha-bía organizado para que Dios, nuestro Señor, nos diera tantita

agua para la milpa que ya se estaba secando. Todavía pasó frente a la casa, caminando con un rosario grandísimo en una mano y una veladora en la otra; me saludó y se rio conmigo, y también Lucio, agarrado siempre de su falda, siempre riéndose, como estaba loquito; y por su culpa ella nomás no me quería.

—Tú no te va a gustar cuidar a mi guachito.

—Pues no —le contestaba—, nomás te quiero a ti; tú sí me gustas, hasta me gustas más que la tortilla.

—Pues por eso aquí me tienes. Soy como tu maná. Y tú también me gustas. Pero, ¿irme a vivir contigo, sin mi guachito? No, tú estás loco. Demás, tú tienes otra...

Encerré los cuches. La marrana guzga. Estaba la lunota. Igual que aquella noche que a Lucio le dio la alferecía. Y ahí se me ocurrió.

Dejé abierta la puerta del chiquero. Que se salga la marrana, que se vaya pal arroyo. Salte, puta cucha guzga. Salte, vete pal arroyo. Y de ahí sí, ya nomás descolgué mi hamaca, que siempre me llevaba para dormir con Ambrosia, y le di para mi casa. Ora sí, Ambrosia. Ora sí te vas conmigo: tu guache va a seguir la cucha pal arroyo, y ahora sí ni quién lo saque. Vas a quedar solita, pa mí, Ambrosia, vas a quedar solita. Pero no pasó así. Pasó otra cosa.

Alancé a llegar. El aguacero fue brutal desde el principio. Remojó todas las casas desde sus cimientos. Y la ventolera que se dejó sentir hacia la madrugada acabó por destruirlas.

Antes del novenario

Reptar. Esa fue la palabra. «Reptar», había dicho su vecino de camión, que luego se levantó insultando al chofer para pedir la bajada.

—¡Bajan, chofer, jijo de la madre!

Y la anciana que iba con el hombre:

—¿Qué, nos quieres llevar hasta tu casa? ¡Pendejo...!

Bajaron con muchos trabajos, apoyándose en las puertas, en los bultos que llevaban, todo el tiempo insultando al chofer. Aprovechando que el camión no estaba en movimiento, ella se acercó:

—Disculpe, señor, ¿es aquí la Dulzura?

Y el chofer, sin mirarla:

—Ya mero llegamos. Yo le aviso.

Al bajar, comprendió lo que venía diciendo el viejo:

«Imagínese, cuando llueve tres días seguidos tenemos que reptar». Y también comprendió por qué le había molestado tanto el comentario: era la repugnancia con que lo había dicho el viejo, porque ¿y si lo normal fuera reptar y lo verdaderamente asqueroso caminar? Acaso ahora que ella iba por esta calle su caminar resultara repugnante, y si no, ¿por qué la veían tan fijamente las personas que comenzaban a instalar sus puestos, sobre cubetas, sobre huacales, sus puestos sin patas, imposibilitados incluso para reptar?, con esas enormes ollas, como cabezas ennegrecidas. Las mujeres casi niñas pero envejecidas con el hervidero de hijos.

En la farmacia no le dijeron nada. En la tienda de la esquina tampoco. Hubiera sido bueno: «No sé», «No lo conozco», pero ni siquiera la miraron, le contestaron con molestia, como si hubiera estado preguntando por muchos años y ella supiera a ciencia cierta que nadie conocía a esa persona por la que ella preguntaba, ¿pero cómo saber que usted no sabe? «Soy yo la que no sabe», se dijo. Un hombre sentado al pie de un altar de la Santa Muerte, un altar más alto que la casa donde estaba empotrado, de manera que parecía que la casucha le servía de sostén al gigantesco retablo, fue el que le dio razón. Se mostró atento, como si fuera su obligación guiarla, le indicó con muchos detalles cómo llegar: «Porque aún le faltan muchas calles, señito, yo júrelo que la acompañaría, pero aquí estoy de guardia», y fumaba y fumaba, aspirando y exhalando el humo, que a ella le sorprendió por negro, con una fruición como si fuera el mismo oxígeno. Y luego volvió a echarse ahí, al pie del retablo, como un perro fiel.

Cuando al fin llegó, tocó sin mucho ánimo, rodeada de perros que ladraban sin convicción, como por obligación, mal pagados, dirigiendo incluso la mirada a otro rumbo, sin mover los rabos mientras ladraban.

—Buenas tardes.

Él apareció en la puerta hecha de tablas achaparradas, deslavadas por el tiempo, que eran más un símbolo que una barrera, pues cualquiera hubiera podido derribarlas con un suave empujón. Llevaba un sombrero de paja en la mano, un tanto sin sentido, pues no había sol; hacía muchos días que no se veía el sol y tampoco había ahí nada que pareciera campesino, aunque era evidente que todos los habitantes que ella había visto hasta aquí, y él mismo, no eran más que campesinos en la calle, en estas largas hileras de casas que parecían calles.

—Pásele... qué se le ofrece.

Y ella, detrás de su bolsa negra, brillante por el uso, que se había colocado en el pecho como un escudo:

—¡Aristas...!, ¿no te acuerdas de mí?

Aristeo Magro se sintió de pronto lejano de sí mismo, como si no fuera él quien estuviera aquí, frente a esta mujer lánguida e insignificante, como si él estuviera en alguna raquítica y sorda oficina olorosa a los guisados fríos de las costureras, adormecidos todos, hasta el supervisor, por el enorme reloj que rechinaba sus segundos en la puerta. Ella lo abrazó con fuerza.

—Te he andado buscando, buscando, hasta que tu tía Quintila me dio razón de ti.

Adentro, en la única pieza de la casa, la poca luz de la tarde se convertía en oscuridad completa. Él encendió la lámpara, muy alejada del comedor, con su pantalla de figuras chinas, y la invitó a sentarse. Encendió la tele, más por timidez que por cortesía; las voces, el sonido transmitido desde el otro lado del mundo le dispensaban algo de seguridad. Temía escucharse a sí mismo, temía también escucharla a ella, temía no escuchar más que la voz de ella y volver a perderse en esa voz.

Todavía sin dirigirse la palabra, sólo miradas, le sirvió café. Levantó la servilleta que cubría la canastilla de pan, le ofreció un cojín para aliviar la dureza de la silla, puso a su alcance el servilletero de plástico, evidente recuerdo de alguna boda lejana, y le acercó la taza con mantequilla.

—¿Todavía te gusta la mantequilla? —Ella sólo sonrió.

Tras el primer sorbo y con un trozo de pan entre los dedos, habló finalmente.

—Murió tfulgencio. Vengo del camposanto.

Aristeo la miró rabiosamente, no con rabia, sino sintiendo una rabia infinita por ver sufrir a esta mujer, como si la muerte de tful-Gensio, como a él le gustaba llamarle, fuera una afrenta, y también el sufrimiento de ella, afrentas más absolutas por invencibles. Intentó levantarse.

—No... —dijo ella, mostrando la palma abierta por encima de la taza de café—; ni se te ocurra abrazarme.

Alguien tocó la puerta y se asomó, más bien entró al cuarto. Una mujer joven pero ya anciana, canosa, y con una risa que era una mueca involuntaria. En tres brincos estaba adentro, pues en lugar de caminar como que brincaba, como si algún resorte le impidiera el caminar tranquilo o sigiloso que intentaba y la obligara a saltar precisamente en el momento en que levantaba un pie. De pronto, también como automáticamente, se quedó inmóvil, y daban ganas de alegrarse, pues de haber dado otro paso, otro brinco, se habría dado en la cabeza con la pared.

—Atolito. Pal pancito. Atolito. Calientito. Atolito. Pal viejito... Ora es champurrado, don Aris —sin perderla de vista a ella, ni un instante, como miran los insectos.

—No, gracias. Ora no.

Y se levantó para asegurarse de que la señora del atole saliera lo más rápido posible. Luego cerró por dentro.

—Estoy bien —dijo ella un buen rato después, porque la irrupción de la atolera requirió de un tiempo de asimilación—. Nomás que sentí que tenía que platicar contigo, para decirte, no vayas a creer otra cosa. La última vez que estuvo aquí me preguntó por ti. «Deberías buscarlo», me dijo. «Decirle». «¿Qué quieres que le diga?», le contesté. Le dije que te habías metido de periodista...

—Vendedor de periódicos. No es lo mismo.

—Bueno. «Dile que papá murió». Y le daba una risa: «Para que lo publique en el periódico: entérese, dese cuenta. Se murió don tfulgencio. Traigo su fotografía. Venga a ver de quién se trata. Quedó la viuda solita...».

—No, yo no grito... No sé cómo contestarte. Era su padre. No sé por qué lo tomaba a chiste.

—Sí, pero estaba chiquito cuando él se murió. Yaves que casi no lo conoció. Y luego lo que recuerda de él es que le pegaba. No fuerte, nomás unas nalgaditas. Pero se acuerda. Y sus tías le decían que no era hijo de él, que era... ¿Te acuerdas?, le decían

el mostrenquito. Y él se enojaba. Mostrenca la tía Saula, ella sí, porque nació después de que murió el abuelo, ni modos que la hubiera hecho un dos de la Candelaria... No sé por qué siempre confundía el Día de Muertos con la Candelaria, ¿te acuerdas? Pero ya al final todo le daba risa. Cuando se fue al norte y me escribía me mandaba decir en sus cartas: «Cómo está la viudita, aquí te mando este tantito para que no andes trabajando», ya llevaba muchos años de policía allá, ¿te acuerdas? Y cuando venía yo le decía «Ponte tu uniforme», pero él nomás se reía: «Yo aquí soy mexicano, viudita, policía nomás soy allá, del otro lado». Siempre me dijo que me fuera con él: «¿Qué haces aquí? Nomás te estás haciendo triste, ahora ya ni quieres salir a bailar, como nos íbamos antes, ándale, vamos a comer pastel con un café», y me llevaba en su carro, porque aquí tenía su carro, ¿te acuerdas? Y yo: «¿Por qué no te casas? Ha de haber muchas gringuitas bonitas por allá, y al fin tú ya eres gringo, alguna te ha de querer, para que me la traigas, y aquí yo le voy a hacer sus trenzas, como si fuera miya, y ya cuando te quieras regresar, te la traes, y yo la voy a consentir, sólo que no me quieras en tu casa», porque ya me había dicho que se quería comprar su casa. «¿Tè estás haciendo grande, tfulgencio, y yo más, ¿no quieres darme nietos?». Y él me bromeaba: «Tú también». «Yo de por sí estoy vieja; ¿qué me quieres decir?». «Pues que te busques alguien, viudita; ¿no quieres alguien que te lleve a comer pasteles?». Y se acordaba de esa vez que quería un pastel, se puso a hacer berrinche y le hablaba a su papá, que se acababa de morir: «Papá, pastel... papá, pastel... papá, pastel...». Y sus tías: «Dale unas nalgadas, que se calle», porque su papá siempre lo llevaba a comer pastel al café que estaba cerca de la avenida; y entonces yo lo cargué y que me salgo con mi niño caminando. Ya habían quitado el café y me fui caminando, encontré una casa grande, tenían fiesta, una fiestota, habían cerrado la calle con los carros, esos carrotes largotes que les decíamos lanchas, así tenía uno su

papá; y que me van viendo, y sólo entonces me di cuenta de que yo también iba llorando, pero yo no sentía, nomás apretaba a mi niño, ya no llores, le decía, ya no está tu papá pero vamos a buscarte un pastel, y que me ve una señora, «¿Qué tiene?, ¿qué tiene el niño, por qué vienen llorando, y hasta usted también?». Y él que le dice: «Papá, pastel». «Ah, lo que quiere el niño es pastel. Pásenle, pásenle, aquí tenemos pastel». Y ya que nos sientan y que le dan a tfulgencio un pedazote, pero un pedazo-te grande de pastel: «Andale, niño, ya no llores, convídale a tu mamá, que ya no llore también». ¿No te acuerdas?

El aire empezó a hacer ruido. Traía el ruido de la calle, algunos cláxones, los camoteros, algunos gritos, las madres llamando a los niños, los jóvenes riéndose y, además, el ruido mismo del viento. Mecía las mallas descoloridas de las ventanas sin lograr arrancar del todo algunas moscas que permanecían pegadas, daba la impresión de que eran ellas las que le habían sorbido el color como verde, como azul.

—No. No me acuerdo. No nos hemos visto, ¿recuerdas?

—Entonces todo eso se volvió un chiste. No, le dije a tfulgencio. Yo no lo busco, él que me busque. ¿Por qué no me buscabas?

—¿Querías que los invitara a cenar a los dos?

—A los tres. ¿Por qué no? Supo él que fuimos amigos. Luego me decía: «Cuando me muera te vas a volver aristocrática». ¿Eres feliz, Aristos?

—No lo sé... ¿Ves las novelas?... Mira, pásate para acá; el silloncito ése de las cuerditas de plástico está más cómodo. Arrástralo, no te fijas que se raya el suelo, hoy no alcancé a barrer.

Hasta que los ruidos fueron cambiando, unas sirenas, algún grito de borracho, algunos vidrios quebrándose, llantos de niños.

—Aquí tengo unas sandalias de mujer, por si las quieres, no sé por qué las compré, eran de oferta. No, no son de nadie. Claro que he dormido con algunas mujeres, qué esperabas, pero aquí no. Nunca les pregunto por sus nombres y, además, seguro

que nunca me los dicen. Aunque te rías. No voy a jurarte nada. ¿Quieres una almohada? No las he lavado. Ten estos periódicos para tus pies, están limpios, ¡mira, todavía usas pulseras en los tobillos! ¿Es la misma? Sí, me acuerdo. De Taxco. De Taxco te la traje. No te estoy tocando nada. No, jamás. ¿Quieres unas calcetas? Hace frío. ¿Ya estás cómoda? Pues aquí estás bien. Sí, ya es muy noche. No quise decir eso. Pero es cierto, si ya nadie te espera. No, yo me duermo aquí, en el sillón. Bueno, ahí cerca está un garrote por si me acerco. No, si te acercas yo no voy a garrotearte, bueno, pero quedito... Yo no me estoy riendo. No tengo hambre, pero si quieres. Bueno, aquí no hay horno pero está buena la estufa. Aquí hay una farmacia, vende de todo, comida, bebida, claro. De todo. ¿Carne? Sí, hasta carne. ¿Que no quieres comer carne? Tú empezaste a reírte. No hace falta que me acompañes, mejor espérame, afuera hace frío. No, aquí no hay fantasmas como en tu casa. Y las habladas. Ya verás mañana. Tú te vas, yo me quedo.

No había retratos en las paredes, sólo un cartel enorme de una película mexicana: la mujer tendida en la cama con una pulsera en el tobillo, y el hombre, de traje impecable, fumando. Parecían felices, como después de estar juntos o momentos antes. En la mesa, una grabadora. Ella se levantó descalza, la conectó y la hizo funcionar. Puso el casete que estaba puesto. La música se detenía a cada instante, así que cambió el casete por uno sin marcas, sin letras, sin color. Las canciones eran de su época, de cuando ella salía a los bailes con Aristos, que nunca llegaba a su casa, sino que la esperaba en la esquina. Hasta que apareció tfulgencio, el padre de su hijo, que a ella le gustó desde el principio. «Mira, Aristos, si un día él ya no me quiere, entonces ya vuelvo a salir contigo, ¿sí? Es que es tan guapo, y ¡vieras cómo baila! No es por su coche, ¿entiendes? Es más, nomás ando con él un rato, ¿sí?, y luego ya tú me pedirás que sea tu novia, y vamos a casarnos, no te enojés». Pero tfulgencio iba en serio, estaba

terminando la universidad y en cuanto se recibió habló con sus padres. Llegaron a salir juntos los tres, aunque de eso ella no se acordaba. Se juntaron una vez en la cafetería y ella le dijo que era su amigo desde niños, que no había tenido ningún amigo como él, y tfulgencio comprendió que el joven no estaba ahí por casualidad, porque lo había visto un par de veces en las mismas fiestas adonde iban, porque entonces no había bailes, como ahora, y las señoritas no iban a esos lugares donde había orquestas, sino que cuando una amiga cumplía años o se casaba o las invitaban a alguna celebración, entonces los padres las dejaban salir con las amigas. tfulgencio lo había visto y le dio ternura. Lo invitaron a la fiesta donde iban a ir: «Vamos, Aristeo», porque tfulgencio nunca le dijo Aristos, sino Aristeo, con respeto. Hasta que dejaron de verlo y sólo quedó entre ellos la chanza, sobre todo cuando a ella le fastidiaban ciertas cosas, como el frío, al que siempre le tenía miedo, o como la lluvia, que siempre la enfermaba: «Tú, como fuiste aristocrática...», le decía tfulgencio.

—Tetardaste mucho. Y a me dio frío. El viento aquí es grosero, como que aúlla.

Ella se le acercó y se le quedó mirando, como buscando ese lugar donde ella sabía que él guardaba todas aquellas tardes cuando salían de la escuela y él la esperaba en la banqueta, con su bici, y recorrían las calles, algunas todavía de terracería; y cuando creyó haberlas encontrado, cuando volvió a sentirse segura como se sentía instalada en la base de la bicicleta, abrazándolo por la cintura, y él pedaleando, también seguro, como si hubieran podido recorrer el mundo entero en la bicicleta, comenzó a platicarle:

—Dicen que tfulgencio iba adelante y su pareja cayó primero. Y luego a él le dispararon. Y él nomás alcanzó a decir que quería que lo sepultaran en México. Y no lo llevaron ni al hospital. Que me estuvieron llamando, pero nunca dieron conmigo, hasta que unos parientes que tenemos allá fueron contactados y ellos les

dieron mi dirección. Y no sé cuánto tiempo lo habrán tenido, porque lo que yo recibí fue nomás la urna con sus cenizas. Y eso es lo que fuimos a enterrar, Aristos, nomás sus puras cenizas. Llegaron y me las dieron. Con su placa y sus papeles. Nomás uno hablaba español, tenía cara de mexicano, y que le iban a hacer guardia de honor y toda la cosa, pero no quise, Aristos, ¿para qué? Nomás les firmé unos papeles y ya se fueron.

Entonces ella se acordó de que tenía su ombligo. Lo tenía guardado en una cajita que su papá le había regalado, donde tenía todo lo de la boda: el ramo, el lazo, las arras, todo.

—Era un gusanito, Aristas. Un gusanito así, chiquito, blanco blanco, maravilloso. Abrí la pretinita donde guardaba yo el ombliguito de tfulgencio y ahí estaba; como que lo desperté, se comenzó a mover, y tenía unos ojitos así, chiquitos, negritos. La carne seca, o no sé si eso es carne, y entre los pliegues apareció. Parecía que tenía luz propia. Ahí me estuve, cuidándolo, y se revolcaba, se revolcaba. Luego se me subió al dedo y ahí se estuvo, frío, y yo como queriéndolo calentar, pero era su arrastrarse, su reptar, lo que a mí me hacía sentirme viva. ¿Cómo es posible, dime, que estuviera vivo ahí, más de treinta años? ¿Cuánto vive un gusanito, Aristas? ¡No te duermas! ¿Estás despierto? Ya sé que no era él, pero ¿no era parte de él? Era como si volviera a nacer, como si resucitara en ese gusanito, ¿no? No lo quise echar en su urna, ahí lo tengo. «No te espantes», le dije. «Ya no está tfulgencio contigo, pero tú eres carne de su carne, sangre de su sangre. Y no te vas a morir porque te voy a cuidar». Así le dije. Aquí te voy a tener, en el solecito, para que sientas cómo la vida es buena, para que mires la luz y el sol y el cielo, para que sientas el aire tibio de esta mañana. Aquí te voy a cuidar. Aquí lo traigo. Me voy a mandar hacer una medallita para traerlo aquí siempre conmigo. ¿Quieres verlo? Ya está muerto pero sigue estando blanco. ¿Le miras los ojitos? Aquí está. Te lo quise venir a enseñar, ya que no pudiste ser el padre de mi hijo, siquiera que

podieras ver cómo había nacido este gusanito del ombligo de mi hijo, que es todavía carne de mi carne. Póntelo en la mano, así, así tenlo. O sea que es carne viva, entonces, ¿no? Bueno, nació de la carne viva. Y luego ya se comenzó a quedar más pálido. Se me empezó a morir. Y ya no pude entonces revivirlo. Lo puse en el sol. «Vive, vive», le dije, pero no. Se me fue, se fue quedando tiesito, tiesito, todavía con sus ojitos como que no dejaban de brillar. Y ya entonces lo volví a poner en el ombligo de tfulgencio. «Aquí te lo dejo», le dije. «Aquí está para que no estés solito».

Estaban desayunando cuando volvió la de los tamales. Esta vez Aristeo le compró dos de salsa, dos de dulce nomás, y dos atoles. «¿Tienes visitas, don Aris?». «No, ella es mi mujer».

—Le voy a hacer su novenario, Aristas. Y le voy a poner su ombliguito y su gusanito ahí, en su altar. Tengo su foto. Un día me la trajo, de uniforme y con medallas. Se la voy a poner en su altar. Y aquí también, si tú quieres. Le voy a poner su retablito, si tú aceptas.

Tres días después, salió de la casa de Aristeo Magro y volvió a su casa para preparar el novenario de su hijo.

El tundo marrón

Al morir la luz de la vela, que se retorció sobre el pretil del corredor, todas las cosas dejaron de bailotear en las paredes y en los percheros, y volvieron a su sitio, avergonzadas de sus contorsiones. Luego sólo pudo escucharse el rechinido que hizo don Mele al acostarse en la hamaca donde dormía con su mujer, y los manotazos y rasguños frenéticos como de gallinas buscando lombrices en la tierra por estar la noche invadida de zancudos. Un tundo marrón se dejó caer de la rama del cascalote y se quedó inmóvil junto a la cerca de ajonjolí, demasiado consciente de que aún no se dormían.

Efectivamente, don Mele fumaba sin dejar de mirar hacia la puerta del único cuartito, donde dormía su hija que tantos males había estado padeciendo desde hacía diyotas y que tanto había dado de qué hablar entre la plebe. Se lo había dicho su madre cuando nació la pequeña: «Esta niña te va a trastornar, no es bueno que las hijas sean de a tiro suntuosas, y más siendo únicas; quiera Dios que se te logre y no te vaya a matar de un dolor». Y don Mele se apuró a bautizarla, no fuera a ser, además de que la madre de la niña también murió a los pocos meses. Pero la niña creció opulenta, agraciada, «frondosa», decía la abuela. Y cuando sus hijos se le fueron al norte, él dejó la venta de sombreros, se dedicó a la siembra, se dedicó a cuidarla. Y hasta por eso se volvió a casar. «Tè quiero para que me ayudes a cuidarla», le dijo a la Ronquita cuando se juntaron. Y ella estuvo de acuerdo.

Pero las madres siempre saben algo. Aquella vez que se topó aquel cuche macho en su camino, en la madrugada grande, se le

llenó su corazón de espanto. Se le puso el marrano mero enfrente, en el charco del potrero de don Lucrecio, y no lo dejaba pasar. Hasta que él se puso a rezar su Magnífica.

—No sé quién eres, pero, así como hay un Dios, que lo voy a saber, y ahí te lo haya... —le sentenció. Y rece y rece. Y al fin, mero se sacó el machete.

El marrano se apartó del camino y desapareció sin dejar rastro. Entonces don Mele se puso a buscarlo. Así salió el sol y él buscando al animal. Ahí lo fue a hallar don Lucrecio.

—Iiiiiiah —le gritó desde lejos, con su grito de falsete—, ¿tú eres, hermano Mele?

—Sí, hermano, yo soy.

—Bah, te estoy viendo desde hace rato. ¿Qué buscas?

—Ah, la jija, hermano... Aquí me salió un cabrón marrano, pero, di tú, gente. No me dejaba pasar.

—Ya tiene días, hermano, que yo estoy oyendo llantos aquí, en este lugar. Y no eres el primero que ve animales aquí.

—Hermano —le dijo entonces don Mele—, ¿qué no te has de animar? Averíguame quién es, qué quiere. Te voy a pagar...

Don Lucrecio de por sí estaba animado, porque era mucha vileza que se anduvieran apareciendo animales ahí merito, casi enfrente de su casa, siendo que todos sabían a lo que se dedicaba. Porque de una cosa estaba seguro. Era gente mala. Era otro brujo, nada menos, que quería dañarlo. El asunto era que no se había visto en la necesidad de hacer un trabajo contra un compañero, y le parecía muy delicado. Pero ese día dejó las cosas como estaban, considerando que, al fin y al cabo, ¿qué le podrían hacer? Nadie había podido con él; al contrario, todos lo respetaban.

Don Mele estaba como ahora, en su hamaca, fumando, cuando le fueron a avisar. «Que dice don Lucrecio que lo vayas a ver. Está bien malo». «Ahí te encargo», le dijo a su mujer. Y se fue. Allá fue a hallar a don Lucrecio echando las cartas, en el corredor de su casa. «Qué cosa, hermano». Y don Lucrecio le platicó. Al

mediodía le había agarrado un escalofrío en el campo, bien lejos de la casa. Como le fue encumbrando, pronto se dio cuenta de que no iba a poder llegar caminando a su casa. Se montó en el caballo y se echó al camino. Iba llegando ya a la compuerta, al cercado que dividía las tierras de labor del pueblo, cuando miró los postes alejándose, lejos, lejos, hasta hacerse unos palitos chuecos y oyó un zumbido, zumbidazo, hermano. Luego unos gritos muy lejanos que no se entendían muy bien, pero escuchando con atención, decían su nombre. «¡Lucrecio...! ¡Lucrecio...!». Cuando abrió los ojos ya estaba en su casa. Estaba pardeando. Algunas mujeres lloraban afuera, en el corredor. Oyó cuando alguien vino a dejar una razón: «No me abrieron. Ahora hasta mañana, porque el muchacho viene de Altamirano y nadie sabe usar el telégrafo». Comprendió que intentaban avisarles a sus hijos. «Como decir, me daban por muerto, hermano». Ahí estaban todos sus amigos, sin faltar uno solo. Don Trini le estaba ayudando a bien morir.

Nunca había sentido miedo, pero ahí sí se le enchinó la piel. Y precisamente sentir miedo le dio más miedo.

Cuando se incorporó todos salieron corriendo, hasta don Trini. Pero poco a poco fueron recuperando la calma.

—Me desmayé, eso es todo.

Don Lucrecio no esperó a quedar solo. Sacó sus barajas e hizo la consulta. No había ninguna sorpresa. Todo era tal como lo había adivinado. «Por eso te mandé llamar, hermano». Desde que don Cornelio —«¡qué don ni qué la gorra!»— vino aquella vez, hacía más de un año, a pedirle un favor, «como compañeros que somos, Lucrecio», supo que llegaría este día. El muy cabrón quería convertirse en guajolote. «Para un trabajito, tú sabes». Desde entonces esperaba venir esto. Por más que trató de disuadir a Cornelio de sus maldades.

—Pero eso ya es compromiso, Cornelio. Y eso no lo necesitas. Sólo, pues, que quieras hacer ya cosas grandes.

Cornelio estuvo visitándolo muchas veces. Hasta que mero le hizo undaño.

—No, no es la forma, Cornelio —le dijo cuando lo mandó traer para que lo limpiara, pues no había otro medio para curarse; yo te puedo enseñar, pero no andes haciendo maldades a los compañeros.

—Pero, tú, ¿cómo le haces?

—No, Cornelio, amigo. Yo sí no tengo compromiso. No me convierto, mero. De ahí se me ofreció una vez. Era un borrachito. Estábamos tomando más allá del corral falso, cuando llegó. Ya estaba yo solito. Me invitó: sacó su botellita. Pero luego no me gustó porque lo tenía enfrente y nomás agarraba su botella y otra vez estaba llena y yo ni me emborrachaba ni nada. Y luego que saca un papelito. Hermano, vide el cuarto lleno de oro, de monedas y joyas y, bueno, riquezas, pues. «Si quieres, fírmale aquí y llévatelas». No, que le miento su madre y que me salgo. Me vino sigue y sigue. Crucé el río y él ahí viene, ahí viene. Llegué aquí amaneciendo y que me voy a la iglesia. Ahí se desapareció.

Y él:

—Pero, bah, tú te conviertes.

—No, Cornelio. Nomás la gente, de grosera. Yo no me convierto. Sí, adivino y curo, pero no. Yo, te voy a decir, mero tengo virtud y con eso trabajo. Y si quieres te voy a dar un consejo: no te metas en eso, hermano. Porque luego te vas a comprometer. Doña Reina de eso murió. Ella la dañó Atanasio. Yo pues la fui a ver. Le hice la consulta y ahí salió. Y no se compuso... Hazlo por tus guachitos, Cornelio. No te comprometas... ¿Qué trabajo bueno vas a hacer que necesites eso?

Bueno, es que Lucrecio no sabía. Don Cornelio la vio en una posada. Andaba repartiendo el atole en esos jarritos despostillados que le habían ido a pedir prestado a su esposa. Nunca sintió tanto frío como esa noche. No se le quitó ni a los tres días, cuan-

do el sol le dio en plena cara y lo despertó en la contraesquina de la casa de Simplicio, donde había rodado de borracho.

Le fallaron las barajas, que nunca le habían fallado. Le dijeron que tenía el nombre de una virgen y no era así. También le dijeron que era de signo Piscis, pero igual resultó falso. Que se iba a casar muy pronto y a tener puras hijas mujeres: nunca se casó, al menos no mientras él vivió. Que tendría lo menos cinco maridos. Que moriría del corazón. Que la iban a enterrar en tierra santa. ¡Puras putas mentiras!

El primer trabajo se lo regresaron. Le mandó una enfermedad de mujer para que nadie pudiera acercársele, pero fue él quien pasó muchos días orinando sangre. Le mandó el insomnio, pero el pobre Cornelio terminó fumando mariguana como loco después de una semana de pasarse debajo del cueramó como un burro, con los ojos abotagados y recitando disparates.

Se decidió por fin a hacerle el trabajo especial, con el que sus amigos habían dado cuenta de las muchachas más cimarronas y con el que él mismo había conseguido mujeres, entre ellas, su mujer.

Hasta que se dio cuenta. Don Lucrecio, su hermano de pila, la estaba cuidando como a una recién nacida. Quiso meterle miedo. Le hizo creer que estaba aprendiendo a convertirse. Pero don Lucrecio no dio marcha atrás. Seguía cuidando a la guachita.

Así que tuvo que hacerlo. tformas hay. Y fue aprendiendo. Don Trini estaba dormido, bien quitado de la pena en su catre. Se posó Cornelio, como un gallito de pelea en la cabecera de su catre, debajo del mango y se esponjó así, «tío, tío, tío». Don Trini se echó a correr con su patita renca hacia la iglesia. Ahí estuvo, en la puerta, hincado y con los brazos en cruz hasta que amaneció. No estaba mal. Ya iba aprendiendo.

Siguió con los borrachitos, pero con ellos no había mucho chiste, pues lo veían como si fuera un guajolote común y corriente. Insistió e insistió hasta que Simplicio lo confundió con

uno de los suyos y lo amarró. Era la hora entonces de probar con otra forma. Un cerdo, por ejemplo.

tfue ganando la presencia, la aceptación de los demás. Esto era lo que importaba. Que los demás le dieran la forma de cualquier cosa. Que lo reconocieran. «Es un perro, un cuche, un tundo». Ahí estaba la prueba. Por el arroyo pasaba mucha gente en la madrugada.

Lo que más le costó fue el gato. Terminaba con los pies y las manos adoloridas, todo torcido y raspado, pues le costaba demasiado recuperar su forma de Cornelio Isidoro y a veces ya era mediodía sin que pudiera ir a almorzar. Cuando eso sucedía, sentía morir. Debía buscar un escondite de veras efectivo. A cualquiera le hubiera parecido divertido verlo correr por los árboles sin poder treparse hasta que una pedrada se le acomodara en la nuca. Le sucedió pocas veces, pero cuando volvía a su estado natural tenía moretones por todos lados.

Al fin dominó todas las formas. Hasta la del tlacuache. Era su forma preferida después de todo. Pues ¿a quién se le iba a ocurrir agredir a un tlacuache? Y ¿a quién le iba a parecer feo y torpe, digno de morir a pedrada y pedrada?

Entonces empezó a rondar la casa de don Lucrecio, y él no lo reconoció. Y como le estaba haciendo estorbo para todo, lo mejor era dejarlo fuera de la jugada. Sin esa barrera, la muchacha de las posadas, la hija de don Mele se quedaba sin defensas, a su disposición, como si no hubiese nacido para otra cosa.

¡El pobre don Lucrecio! Que no tenía compromiso. ¿Quién, pues, iba a poder defenderlo si nadie hubiera dado ni un nanche por su pobre alma de viejo abandonado? ¡Y pensar que ése era su orgullo! «No, Cornelio, yo no tengo compromiso». Je, je. Si mucho le hubiera gustado decir: «No, Cornelito, hermano, no me vayas a hacer daño, por lo que tú más quieras, papacito». Pendejo. Ni sabía por dónde le iba a llegar el olazo. ¿Pero de veras se había atrevido a curar a la muchacha sabiendo que se trataba

de su mano, de su obra y acción y sin tener a nadie que lo respaldara? Claro. El mismísimo don Lucrecio se lo había dicho. «Yo no tengo compromiso, amigo». Además, ya estaba muy viejito. Si lo había tumbado el caballo tantas veces no era por otra cosa sino porque se dormía arriba de él, y el caballo, claro, con sólo un cabezazo lo echaba al suelo. «No, Cornelito de mi vida, por Dios, por tu madrecita santa, no te comprometas». ¡Hombre, si hasta daba lástima de mirarlo tan desesperado, tan dado a la chingada! Ahora don Lucrecio iba a ver cómo deben hacerse las cosas. «¡Yo no quise!». Ajá. Alguna otra cosita. Ahora aunque quisiera.

—Pero no tengas miedo, Mele, hermano. Ésta no es la primera vez que un travieso quiere dañarme. Bah, Atanasio también quería echarme al plato porque dizque yo le estaba ganando la gente. Y cómo iba a ser eso si yo nunca he hecho trabajos así, pues, como decir, de matar a alguien o de hacerlo enfermizo y enfermizo hasta que se muriera. No. Yo no. Yo nomás curando y curando. Y digo, pues, yo los curo, y ya si se componen, bien, y si no, ¿qué pues va a hacer uno contra la voluntad de Dios? Y esa vez me enfermé. Y bah, yo nomás tirar las barajas, que limpiar, que levantar sombra, porque de esas cosas de brujería yo no sabía nada, pero aunque así yo vi la manera. Mismo Dios no lo abandona a uno. Y con trabajos y todo pude devolverle su cochinada. De que me agarró el vómito y el vómito y yo ya no podía más. Hasta que salió lo que me estaba jodiendo, con perdón tuyo, me salió por abajo, y era una como culebrita, verde, verde. Me salió y cuando salió hasta vi claro de nuevo. Bah, ese rato luego me pude parar. Y que se lo devuelvo. Bah, él de eso murió.

Todos los que habían ido a ver morir a don Lucrecio estaban callados. Preguntaban cualquier cosa, más por miedo que por otra cosa.

—Lo que ese cabrón quiere es joderse a la niña... Hijo de la tal, si es una niñita. Y creo es hasta su pariente.

Don Lucrecio temblaba de coraje. Se veía dispuesto a despegar vivo al brujo condenado. No era que le doliera tanto lo que le había hecho a él:

—Uno como quiera se puede defender, pero la pobre criatura. Qué culpa tiene de las cochinadas que a uno le guste hacer...

Comenzó hablando con orden, siguiendo un hilo de la conversación, para que todos lo entendieran, pero ahora hablaba ya sin que sus frases tuvieran coherencia aparente. Así hablaba cuando estaba enojado.

—Y de que ya hizo trato la prueba está en que ya maleó a Cholita Rojas. Pobre mujer. A ver, ¿qué le hacía al desgraciado? Pero conmigo se va a chingar. Nomás que no me traicione y nos vamos a ver las caras...

«Verse las caras». Recordaba las palabras don Mele, aquí, sin poder dormir. Es decir, verse los diferentes rostros de su odio. Enfrentarse a sus lados ocultos, como decir, las otras caras. Esto era lo que Lucrecio quería decir.

Y sí, al otro día vino a ver a la muchacha. Don Lucrecio comprendió muchas cosas de la vida y de la muerte cuando le tocó chuparle el cuerpecito para sacarle el daño. Aun dentro de que don Lucrecio había sido un hombre honorable y de que la curación era cosa sagrada, y aun con que don Mele era su compadre, tuvo la lucidez para darse cuenta de que Cornelio era en realidad quien estaba sufriendo más que la enfermita. Él mismo hubiera querido dejar de chupar y ponerse a lamer, como un perrito hambriento, los sudores, el humor, el perfume que despedía ese cuerpecito frágil, lánguido por la enfermedad. Y hubiera también querido que el retocabronsisimo de Cornelio siguiera haciéndole daño toda la vida para que él tuviera la gracia de asistir al milagro de esa piel, de esos vellitos encontrados. Tenía razón de querer venderle su alma al Diablo por la sed y el hambre y la urgencia de este cuerpo. Y se sintió tentado también a hacerlo, pero no para tenerlo o poseerlo, sino únicamente para tener

de nuevo la boca hedionda a cigarro pegada como ventosa a esa virgencita.

Mientras don Lucrecio chupaba y chupaba aquí y allá, Cornelio comenzó a sentir mareos. Y luego un algo así como fiebre, y después, meramente como si estuviera en las brasas. Se aguantó los gritos sólo porque estaba delante de su mujer y sus hijos, todos almorzando, pues almorzaban siempre al mediodía. Apretaba los dientes mientras que el cuerpo se iba haciendo solamente una espantosa ampolla de dolor. Le punzaban hasta los ojos y no pudo contener las lágrimas.

También don Lucrecio estaba llorando. De rabia, de sentimiento, pero sobre todo de regocijo. De tremendo y desorbitado regocijo, como si creyera adivinar lo que sienten las mujeres después de parir.

Y volvió al día siguiente. Y al siguiente. Ensalmada y ensalmada y limpias y limpias. Y chupetes y chupetes, tantos, que la joven tuvo después que cubrírselos. Sobre todo los de la última vez, que parecían hacerle unas cosquillas raras, inesperadas, pero que pudieron sacarle el hueso. Un pequeño huesito, como del coxis de un gato, blanquecino, que le salió precisamente del lado del corazón.

Don Lucrecio tuvo que murmurar sin aliento: «disculpe». Y se prendió a uno de los pezones de la joven, el derecho, sabiendo a ciencia cierta que nunca podría estar ahí, pues ya sabía, desde siempre, que tenía el daño en el seno izquierdo. Pero, ¿no era válido tentar si había otro daño también del otro lado? Todo fuera por salvarla. Ya sin murmurar nada se prendió luego del izquierdo, como un huerfanito que ya no puede prenderse a la madre, pero que debe aferrarse a la vida de unos pechitos ajenos, y entonces sí casi se atraganta. Tuvo que toser frenéticamente para alcanzar a sacarse el objeto duro.

—Te falté al respeto, niña, pero esto —y le mostraba el huesito con todo el rencor del mundo, no tanto por lo que de en-

fermedad le propinaba a la joven sino precisamente porque ya había salido— te hubiera matado.

Ahora, a la primera vez que don Lucrecio fue a curar a la joven, Cornelio se le presentó. Un guajolote marrón, del tamaño de un avestruz, se puso en el camino de don Lucrecio, que regresaba de bañarse del río. Tuvo que girar la cabeza hacia arriba para contemplar de cuerpo entero al animal.

—Ya sé quién eres y no te tengo miedo, Cornelio Isidoro.

Llevaba preparado ya un frasquito con el alcohol que le había servido para la primera limpia y se lo arrojó. El animal, torpe, soltó un alarido y se alejó sacudiéndose.

Cornelio amaneció con llagas.

Al segundo día fue, ya como la gente, a hablar con don Lucrecio.

—Amigo...

—Yono soy tu amigo, Cornelio. Yano somos ni compañeros.

—Yo nomás vengo a avisarte. Digo, tómallo como quieras. Pero te voy a pedir de favor que ya sueltes a esa guacha. Es mía. Yopues mero la tengo. Y de todos modos va a ser para mí. Mejor no te metas, Lucrecio.

—Mira, Cornelio Isidoro, si lo que quieres es meterme miedo, no te tengo miedo. Yo de todos modos voy a seguir curándola, y nomás para que se te quite de andar perjudicando a gente inocente. ¿Qué dijiste: me voy a echar a este viejo pendejo para poder anancharme con la guachita, no? Pues no. No la voy a dejar de ver. A ver quién tiene más poder.

A los ocho días de la curación de su hija, don Mele hizo una fiestecita. Invitó a don Lucrecio. Ahí estuvieron. Don Lucrecio, como siempre, después de unos mezcalitos, se fue a descansar. Ya en su casa, don Lucrecio estaba sentado en cuclillas, tomándose su último mezcalito para irse a acostar, y entonces miró al gato. Estaba allá, lejos, entre la huizachera. Al rato, cuando lo vio, ya estaba aquí, pegado a la tinaja. Pegó la estampida. Pasó por en-

tre las piernas de don Lucrecio y se escuchó una carcajada como de borracho, como cuando se gana una partida de barajas. Don Lucrecio cayó de espaldas, sintiendo en los testículos como si le hubieran dado un machetazo.

Ahí lo fueron a encontrar. Ahora sí les avisaron a sus hijos. Vinieron. Querían tomar venganza. También la agarraron contra don Mele. Y ahí estaba don Mele, explicándoles.

—Yo no sabía que esto le iba a pasar a don Lucrecio. Pero vamos a rezarle, vamos a traer un brujo bueno para que lo cure.

Y también la Ronquita:

—No, muchachos, no sean tontos. Dios es grande. Él sabe lo que hace.

«Y de veras que mismo Dios se compadeció de él. Bah, dicen que de eso nadie se cura», pensaba ahora don Mele, que seguía aquí, en su hamaca, ya sin fumar, ya sin mecerse, nomás tratando de hacer más grande el silencio. Con la Ronquita a un lado. «No te duermas, vieja», susurraba. «No, Mele, no me duermo. Te prometí cuidar a tu guachita», pero sin saber, ninguno de los dos, si ya estaban dormidos, si les había ganado el sueño, si los zancudos se habían esfumado.

Cornelio ya no sabía lo que hacía: marrano, perro, gato, guajolote, tlacuache. La casa de la muchacha estaba cercada. Regresaba a su casa con el pellejo hinchado, como si lo hubieran echado en aceite hirviendo.

Pero esta noche había encontrado la casa sin barreras. Y ni se las malició. «Se les olvidó la agua bendita». Supo que era su última oportunidad. Saltó a un árbol a esperar que don Mele y su Ronca se durmieran. Cuando apagaron la luz y ya no se oían ni los manotazos ni las rascaderas, y se le había apagado el cigarrito a don Mele, y la chingada Ronca roncaba como cucha, bajó del árbol, y de ahí al tejado. Ni los perros aullaban ni se despertaron los gallos, como las primeras veces, que se armaba todo un alboroto. Encontró el hueco del tejado por donde había visto

meterse desde cocones hasta gatos. Bien que cupo. Estaba muy alto el techo, pero brincó de todos modos.

Don Lucrecio, que todos creían moribundo, estaba escondido detrás del biombo que ponían en la cama de la joven cuando él iba a curarla. Vio al tundo, que venteaba, que daba pasos atolondrados hacia la cama de la joven, ya adentro del cuarto.

Cornelio seguía venteando a un lado y a otro y no vio nada. Creyó realmente que la niña estaba sola. «Pendejo don Mele. Seguro que tu Ronca ni te deja oírme ni nada, con su chingado oguillo de gato, que se oye desde lejos».

Al fin saltó sobre la cama. El filo de un machete en el largo cuello lo paró en seco. La niña alcanzó a descubrirse la cara cuando sintió los movimientos de las grotescas patas del animal ya en sus pantorrillas.

El tundo intentó una proeza que no le resultó, aunque era de las que más había practicado el viejo Cornelio: arqueó el cuello hacia atrás, esquivando el fierro y saltó muy alto, todo lo que pudo. Don Lucrecio, don Mele y la Ronquita, que ya habían entrado, pues no habían perdido de vista al animal desde que se había parado en el cascalote, vieron cómo, al quedar suspendido en el aire, el guajolote fue tomando la forma de un enorme gato que se preparaba para atacar. Don Lucrecio lo esperó con el machete en alto. Pero la transformación quedó a medias. El cuerpo que cayó al piso era otra vez el de un guajolote marrón, enorme, ridículo.

Entonces don Mele encendió el aparato.

El guajolote comenzó a lloriquear. Más que espantoso, resultaba divertido el hecho de que el animal hablara.

—No me maten. Soy Cornelio. Cornelio Isidoro. Entré aquí por equivocación. Soy gente, como ustedes.

Estuvo hablando todo el tiempo, pero no le contestó nadie.

—No me hagan daño. Pídanme lo que quieran. Yo tengo trato y puedo cumplirles, pero no me maten.

«No me han de entender», pensó. «Como no tengo boca. Tengo pico. Y por eso no me han de entender». Pero seguía hablando.

Vio cómo la joven llenaba un gran cazo de agua y cómo lo ponía al fogón. Cuando hubo terminado, la virgen que él había deseado durante los últimos años de su vida lo tomó del cuello. t fue el único contacto carnal que mantuvo con ella. Todavía pensó que iba a acariciarlo, porque lo tomó con cuidado, con esos dedos chiquitos y blanditos, mientras la Ronquita lo sujetaba de las patas, que, con todo, avergonzaban a Cornelio, con una afrenta atroz y miserable.

Lo último que sintió fueron aquellos dedos amables de las manos más deliciosas que conoció nunca quebrándole el pescuezo.

El agua hirviendo ya no provocó dolor alguno.

La espada de los chanes

Rosendo El Capire se quedó en el panteón hasta que el olor a flores comenzó a ser de putrefacción y se confundía con el olor de la tierra que levantaba el viento, ya casi en la noche.

Cuando ya se habían ido casi todos, se acercó a la tumba de Gervacio, que acababan de enterrar, muy despacio, arrastrando los pies, como si se acercara a algo sagrado. Sacó el machete de su funda de cuero que le colgaba de la cintura. Lo estuvo mirando mucho tiempo, observando el reflejo de la débil luz en el filo. No parecía un machete ya, sino una aguja de pescar, de tan delgado, a causa de haberlo estado afilando durante tantos años.

Lo levantó muy alto y lo enterró con todas sus fuerzas en la tierra blanda. Lo hundió por completo, hasta el puño, y se estuvo recargando todavía mucho tiempo. De pronto se soltó a llorar, enterrando la cara entre los terrones húmedos. Sabino lo estuvo viendo, no tanto por acompañarlo como para no regresarse solo, de tan solo que se sentía. Se le acercó y lo abrazó, tratando de levantarlo.

—No se te hizo que lo mataras, Capire. Pero no quedó por ti. Y demás de eso, seguro que se murió de miedo...

El Capire se quedó un rato sin levantarse, sin abrir los ojos, apretando en sus manos un terrón que sentía como un puñado de avispas.

Finalmente se levantó, y los dos hombres caminaron sin hablar hasta la cantina de Jacinto. El sueño ya había vencido a todos; la mayoría se había resbalado de las sillas y el olor a orines

era insoportable. Sabino y Rosendo estuvieron tomando a pausas pero sin detenerse, hasta que también rodaron por el suelo.

La mujer de Jacinto salió de su cuarto y comenzó a escudar los bolsillos de los borrachitos. Costumbre inútil, pues nunca nadie traía un solo centavo. El Chivo y el Güero eran los únicos que a veces se confiaban y cargaban algo, pero ahora no les había tocado rodar aquí. Ya tenía días que le daban para donde la Gaita. Se sentó la mujer en el escalón que formaban la puerta y el piso deladrillos.

—¿Nada? —preguntó Jacinto, que volvía del baño.

—No traiban ni un cinco.

—Bueno. Ya los voy a sacar.

Uno por uno los fue arrastrando de los sobacos hacia afuera, hacia la calle. Esto era lo que más le fastidiaba del negocio. De por sí, rara vez se podía decir que le fuera bien, eran más las molestias. Además de andarlos arrastrando hasta la calle, y de que no faltaba el que se despertara queriendo echar pleito, siempre había alguien que se quedaba hasta la madrugada con un solo mezcalito, nomás hablando solo. O peor, obligándolo a platicar pláticas tontas.

—Yo soy cabrón, ¿o no, Jacinto?

—Sí, sí. Pero tómale, pues. Las pláticas no emborrachan. Te voy a invitar un trago, pero te lo vas a echar de uno, y no nomás estar pisteando ahí...

El último cuerpo que arrastró hasta la calle fue precisamente el de el Capire, que había ido a tomar ahí todos los días desde hacía ya mucho tiempo, desde siempre. No recordaban una sola noche que no llegara ahí, excepto cuando tenía sus faenitas, aunque fuera nomás a asomarse, a ver si había alguien que pudiera darle razón de Gervacio. Siempre con el machete en la cintura, que no usaba sino para destapar las cervezas. Le había comprado una funda de cuero, ¿o la había hecho él mismo? Y no lo usaba nunca para nada, es decir, no lo usaba para trabajar, sino sólo

para destapar las cervezas, y bueno, para lo que se usa el machete después de para trabajar. Esta era la primera vez que no lo llevaba, y se le veía más viejo, más tonto, un poco como muerto.

Jacinto y su mujer atrancaron la puerta, apagaron el aparato y se fueron a acostar. Era más de media noche.

A la madrugada se despertó Sabino y miró al Capire a su lado. Se sentó en la misma piedra donde se sentaban todos los borrachitos cada día, y lo miró durante mucho rato, con lástima, como a alguien que acaba de perder a su madrecita.

—A ver ahora cómo la hacemos para vivir —dijo para sus adentros.

Y todavía se estuvo mucho rato sentado en esa piedra siempre húmeda, siempre hedionda, que le habían llevado a Jacinto a cambio de alcohol, y que él simplemente dejó ahí, a un lado de su puerta, deforme, lisa, impermeable; le recomendaban que la cincelara, siquiera que quedara plana, para sentarse, Jacinto, pero él creía que entonces iba a servir para que se durmieran los borrachos en la puerta de su casa, que de todos modos ahí se dormían cada noche, en la calle, todos los días, hasta el mediodía. Recordó Sabino que esta era la tercera vez que amanecían juntos, aquí mismo, rodados a la puerta de la cantina de Jacinto; que ahí mismo había estado a punto ser asesinado cuando lo confundieron precisamente con el Capire porque traía puesto su sombrero; que en esa piedra fue donde hallaron muerto al Tunante, que dizque murió de cruda. Y en aquel momento llegó a darse cuenta de que en la puerta de esa cantina, a un lado de la piedra, donde ahora estaba rodado el Capire, se había pasado casi la mitad de su vida, borracho, rodado, dormido. Y con muchos trabajos, sólo porque no pudo pensar en ningún otro lugar adónde ir, y por miedo, porque sentía miedo de que su vida se le rompiera ahí mismo, de que se le descompusiera todavía más el mundo, se levantó y se fue a su casa.

Su mujer le estaba dando de comer a los marranos cuando lo vio cruzar la tranca. Nada extraño le pareció que Sabino regresara a esta hora, borracho y enterrado. Estaba acostumbrada a que cuando él salía a limpiar a alguien, podía llegar o no llegar a dormir, sobre todo cuando se trataba de ir a Las Minas o más lejos. Lo vio dirigirse a la tinaja y enjuagarse la boca. Colgar el sombrero en el clavo de siempre y sacar unas monedas de la bolsa de la camisa. Las contó dos, tres veces, y las puso en la mesa. Se quedó mirando la vela, que estaba todavía ardiendo, y la apagó con los dedos.

—Bah, dicen, hubo muerto —dijo la mujer, que se acercaba—; en Las Minas, ¿no supiste nada?

Sabino se rascó la cabeza y se jaló suavemente los cabellos hacia la frente.

—Vengo de allá, del entierro.

—Dicen que lo trajeron de El Nanche, pero que era de aquí, de Las Minas.

—Era Gervacio, no sé si te acuerdes...

—¿Ése que se lo andaban llevando los chanes? Sí: éramos parientes... No sé si te acuerdes. —Sabino descolgó la hamaca y se acostó.

La mujer se sentó a trenzar en el pretil, debajo de la ramada de paja. Desde ahí veía a Sabino. Nunca llegaba a acostarse a la hamaca. Así llegara de dos o tres días de borrachera, se iba derecho a desgranar o a dar agua a los animales, al potrero. O ya de menos se ponía a regar debajo de la ramada. Y continuaba habiendo difunto. La llenaba de preguntas y la mandaba a averiguar quién estaba tendido y por qué y desde cuándo y cómo y qué más. No por chisme, sino porque de eso vivían, de la lectura de cartas, de las limpiadas y ensalmadas, de levantar la sombra, de rezar el rosario; y siempre que había muerto había trabajos, que los ocho días, que los rosarios, que las consultas a la baraja para

saber de qué murió el finado, que si no fue algún remedio, algún espantasma, como ella decía.

Y además, ¿cómo no se iba a acordar de Gervacio? Ella, que más de una noche se la pasó tiritando de miedo, esperando a que el Capire viniera a quemarles la casa, nomás porque las barajas hijas de la chingada no le atinaban adónde estaba Gervacio, tan salado que estaba, y ahora se le escapaba a el Capire, si nadie se le había ido vivo... Y Sabino preguntándole si se acordaba de Gervacio... Se hacía pendejo Sabino.

Si nomás faltaba que llegara el Capire a buscar pleito por no haberle avisado que aquel que anduvo buscando toda su vida para matarlo estaba tendido. Pues ya había soltado la hablada:

—Si Gervacio se muere antes de que yo lo encuentre... Nomás que se me muera... Ya verá con quién me desquito, don Sabino...

Así, Sabino había vivido amenazado por el machete de el Capire tanto como Gervacio.

¿Pero por qué habría Sabino de meterse en este asunto?, cavilaba la mujer. Sí, pagaba bien el Capire, y sí, Sabino le cobraba las consultas le atinara o no le atinara dónde andaba Gervacio, pues de todos modos es trabajo, Capire, le decía, yo me canso, y cada vez que saco mis barajas me la estoy jugando de que me condene, me estoy jugando mi alma.

El alboroto que se escuchó de pronto en el arroyo la obligó a aventar la trenza al suelo y a ponerse de pie, aunque no era necesario para darse cuenta de lo que sucedía, pues sentada hubiera podido ver y oír todo, porque el arroyo estaba precisamente enfrente de su casa. La hizo levantarse el presentimiento de que algo malo iba a pasarle a ella y al cabrón de su marido.

Era gente de El Nanche. Venían hablando muy fuerte, pero no se entendía qué decían. Y venían de allá, de Las Minas. Eran más mujeres que hombres, y eso la tranquilizó. Pasaron cerca de su casa y uno de ellos se detuvo casi frente a ella.

—¿Qué, no nos puede dar razón de dónde vive un tal Sabino Giles?

—¿Lo van a matar? —preguntó casi soltando el llanto.

Hombres y mujeres se miraron por un rato y luego se rieron con ganas.

—Queremos una consulta, nomás.

Sabino pidió que pasaran sólo tres personas. Las más interesadas. A todos les daba lo mismo, pero querían saber.

Sabino contestó todas las preguntas, menos una.

Murió de muerte natural. No estaba asustado aunque le hicieron mucho daño los sustos. No se lo llevaron los chanes. Vivió con mala suerte siempre porque cuando se espantó, de niño, le faltó una limpia y nunca se la quiso hacer. Su espíritu está en paz y no volverá a molestar a nadie. La persona de la que tienen temor vive todavía, pero ya no va a hacer ningún daño. No va a haber otras desgracias en los ocho días.

—¿Quién es esa persona y de qué va a morir?

—Puedo decirles de qué va a morir. Pero no pueden saber quién es. Eso nomás lo supo el difunto, pero nadie más puede saberlo.

—Diles, viejo.

No. No les dijo. La gente se fue satisfecha, derecho a El Nanche.

Sabino guardó sus barajas y volvió a la hamaca.

—¿Y dónde lo velaron? —le preguntó su mujer, instalada de nuevo en el pretil, con la trenza entre los dedos.

Ya tenía años que no platicaban así. Así que para ambos fue una manera de estar juntos. Y él le comenzó a platicar con detalles todo lo que había ocurrido en el velorio la noche anterior.

La viuda salió a recibirlo, sin miedo, más bien con un aire de triunfo, pero no le dijo nada. Le dio una silla.

—Siéntate, Sabino.

Los músicos estaban recogiendo sus instrumentos, la tambora, los trombones, algunos ya borrachos; tío José estaba parado con su clarinete, fumando y escupiendo. Distinguió, de lejos, sentado en un rincón, a Rosendo, el Capire, hijo de don Rosendo, el Cuate, como lo conocían todos. O como lo conocieron los de su tiempo, de los que sólo quedaba Sabino. Resultaba que al padre le llamaban siempre don Rosendo, por su nombre, pero a su hijo Sabino le llamaban el Capire, por su apodo. Sabino no se sentó, cargó la silla por el respaldo y se acercó a él.

—¿Qué, aquí estás? —lo saludó, pero sin mirarlo, casi sin saludarlo.

Otras mujeres fueron a ofrecerles canela y los dos la estuvieron bebiendo de a poco, como si fuera mezcal.

—No le den de beber. No le den —se aconsejaban en la cocina.

—Si ya está muerto Gervacio, ¿qué chingados le puede hacer?

Algunos otros se fueron acercando. Estuvieron platicando como si nada. Haciendo de cuenta que estaban en la casa de Jacinto oyendo el radio; él callado, como cuando llegaba la hora del Himno Nacional y nadie se atrevía a decir nada para que no se dijera que no respetaban. Haciendo de cuenta que había baile. Esos bailes a los que nomás iban cuando tenían que matar a alguien o cuando sabían que matarían a alguno. Bien que servían esas noches, de que no nos toca baile, decían ellos, para amanecerse en casa de Jacinto, quien se quedaba en su casa con los borrachos de siempre, mientras su mujer se iba al baile con la hielera de cervezas.

Aquí, en el velorio, tenía el mismo gesto de todas las tardes en su casa, debajo del corongoro. Sereno. Como con sueño. Se decía que ese gesto tenía cuando se preparaba para sus trabajos; un dejo triste, de buey cagando, decía la plebe. Hasta parecía oírse el sonido aquel de su machete sobre la piedra de afilar. El sonido de todas las tardes. A eso de las tres y hasta la hora de me-

terse el sol. O en la madrugada, cuando empiezan a despertarse los perros.

No había nadie que no lo hubiera visto así. En el corredor de su casa, que daba a la calle o debajo del gran árbol. Sentado en una silletita, tan pequeña que parecía sentado en cuclillas, agarrando el machete con las dos manos, una en el mango, otra en la punta, deslizándolo por la piedra de afilar. Riiin. Riiin. Y probando a cada momento el filo con la yema del pulgar derecho. Y de nuevo riiin, riiin.

Pero cuando alguien le decía que Gervacio estaba por venir a Las Minas, se veía al Capire afilando su machete en la casa de Jacinto. Con ese gesto de tristeza. Los borrachitos se despedían poco a poco, con el pretexto del calor o de que no ponían canciones en el chingado radio, «puro hable y hable»; o simplemente que voy al baño, que orita vengo. Lo dejaban solo. Jacinto se encerraba a piedra y lodo, con su mujer.

—¿No se cansará de estar jódele y jódele con el fierro? —se preguntaban.

Lo más absurdo era cuando se le ocurría salir a cualquier parte no sólo con su machete sino también con la pesada piedra de afilar del tamaño de una horma de sombreros. Con que le dijeran «vi a Gervacio, allá, en El Nanche», el Capire se sentía obligado a sacarle filo y más filo al machete que no usaba para nada.

—¿Para qué lo afilas tanto? La carne es blandita. Y si tanto le traes ganas, ¿por qué no te vas a buscarlo?

Se sonreía, como si le hubieran contado un chiste, y murmuraba:

—Tiene que venir. Aquí tiene que venir a dar. —Y seguía afilando y afilando.

Nadie sabía en verdad que lo buscaba de a deveras. Iba a El Nanche, adonde le decían que vivía, y lo espiaba, preguntaba por él, y nadie lo conocía. Y le daba para el campo y las cuadri-llas cercanas, y preguntaba y preguntaba. Si no se acercaba a la

familia era porque ya pocos parientes quedaban en Las Minas, y le asustaba que los pocos que quedaban ahí no le tuvieran miedo. Pero debía muchas y no siempre podía salir, no fuera a ser que lo estuvieran esperando. Así que se quedaba en Las Minas a esperarlo, creyendo, de verdad, que algún día volvería Gervacio.

Pasaba varios días en casa de Jacinto sin hacer otra cosa ni decir nada. Hasta que alguien se atrevía a ofrecerle un trago y se ponía borracho y se salía abrazando el machete como todo su tesoro.

Así estaba ahora. Y Sabino junto a él, incluso cuando los demás comenzaron a irse.

—Hasta que adivinaste, cabrón. Dijiste que vendría —contestó El Capire.

—Ahí lo tienes —dijo Sabino.

—Qué chistoso. Ya difunto —el Capire no movía más que los labios.

—Las barajas no mienten, Capire. Te dije que lo verías enterrado.

Sí, se lo había dicho. Todas las veces que el Capire cruzó el arroyo, con el machete metido en la cintura, rumbo a la casa de Sabino, escuchaba el mismo rezo:

—Ya te dije. Aquí te veo frente a la tumba de Gervacio, con tu machete en la mano. Lo vas a ver enterrado. Lo vas a ver.

—Pero él, ¿dónde está? ¿Dónde está ahora mismo?

—Ya te dije. Va a venir. Aquí lo veo. Pero no veo de dónde va a venir. No lo van a enterrar en otra parte. Lo van a enterrar aquí, frente a tus ojos. Allá tú si no estás listo cuando él venga.

—Sí, pero ¿cuándo, chingá? ¿Cuándo? Me estoy haciendo viejo. —Y luego, la amenaza—: Mira, Sabino. Si ese cabrón se me muere en otra parte o me lo mata otro cabrón, fíjate bien lo que te digo, vengo y te quemo tu casa. Por ésta.

—Las barajas no mienten, Capire.

Ahora, junto al cadáver de Gervacio, Sabino ya no sabía si el Capire era un enemigo, un cliente o un desconocido. Eran ajenos

ya el uno del otro. La zozobra de saber quién sobreviviría a quién había terminado por no valer para nada. Si algo valía la pena después de ahora, estaría muy lejos de este espacio que compartían los dos. Muy lejos de sus tristes vidas de casi ancianos.

Se quedaron callados cuando la viuda se acercó. Traía arrasando una silla. La colocó frente a ellos. No muy junto, tampoco lejos.

—Ajá, Capire.

Si le hubiera dicho «qué quieres», «a qué has venido», «qué bueno que viniste», seguro se hubiera puesto de pie y se hubiera largado. Pero sólo se agachó. Miró las manos de la mujer, cruzadas sobre el vientre, que se alzaba como si fuera una piedra antigua, boluda, donde las manos podían apoyarse como sobre una olla... Después de unos instantes, dijo:

—Gervacio tuvo la culpa.

—Supe que querías verlo, pues.

—Él mató a mi padre.

No era cierto, pero había algo en lo que estaban de acuerdo. Por eso se quedaron callados el resto de la madrugada. También ahí se estuvo Sabino.

—Y de ahí nos fuimos al entierro —le dijo Sabino a su mujer—. Hubieras visto cuánta gente. Di tú que vivía aquí el talísimo.

—Sí, pues —le contestó su mujer—. Don Rosendo murió por culpa de Gervacio.

Luego los dos se quedaron callados. Cuando ella se volteó a verlo, Sabino ya estaba dormido, como nunca, en su hamaca.

Nadie se opuso a que el Capire acompañara al cortejo hasta el panteón y se quedara ahí hasta el final.

Don Rosendo tenía setenta, setenta y cinco años, quizá, y efectivamente, murió por culpa de Gervacio. Pero el pequeño Gervacio no tuvo tiempo ni siquiera de agradecerse, aunque tuvo toda la vida para pagarlo. Con su mala suerte. Con la des-

gracia de hacer mal todas las cosas. Con la costumbre de reírse de sus propias tonterías.

Todo en él era mala suerte. Todo, pura sal; hasta decían por ahí «estás salado como Gervacio», o «pásame el Gervacio»; «a los frijoles les faltó Gervacio», de salado que estaba.

¿A quién le había costado tanto envenenar a los cuiniques? Era lo más simple: poner el matatodo a flor de tierra con un poco de maíz y esperar a que los malditos lleguen, tomen su ración de maicito y se retiren a morir tranquilamente a sus cuevas para dejar la siembra en paz. ¿Quién ha envenenado así a sus propios burros? ¿Por qué no le dijeron que sus burros, tan tarugos, debían primero quedar amarrados a cualquier cascalote?

O bien esto: los marranos se engordan. Hay que cuidarlos. Darles su maíz y su agua mañana y tarde, mañana y tarde. ¿Que la marrana quiere comer mierda? Porque ya sabes, siempre los cuches dejan el maíz por comer mierda. No. Sólo maíz, pues es marrana de engorda. Criollita, sí, pero de engorda. Para vender-sela a el Perico y que la mate y la descuartice y se ponga a vender la carne como pan caliente. Pero no: la puta marrana resulta con tomate y hay que devolver el dinero y tirar la carne a los perros. Y los cuches del tío Chano salen corriendo de su baño, con el chuzo atascado de mierda porque no conocen el maíz, y andan torciendo las patas de lo enjutas que están. El Perico los conoce. Son los mejores. Ni un tomate, Gervacio. No sé por qué nomás los tuyos.

Lo mismo con las vacas. El suegro le dio a escoger. «Ándale, Gervacio, escoge la ternera que te guste». Sí, eso sí, siempre supo escoger. ¿A quién, a ver, dígame, a quién diablos le ha nacido un becerro con los cuernos para atrás que no sirven para la yunta, ni para el torreo, ni para una chingada?

—Mira, Gervacio, yo te voy a limpiar, pero de una vez te lo anticipo, esa mala suerte no se te va a quitar.

—Pero si todos los salados se limpian y hasta se vuelven ricos, don Sabino.

—Sí, Gervacio, pero lo tuyo es diferente. Es por aquello de los chanes, de cuando eras niño. Pregúntale a tu mamá.

No, no le preguntó. Ella misma vino a su casa cuando supo que lo tenían amenazado.

—El Capire ya tiró la hablada. Que adónde va Gervacio que no lo encuentre.

Un caso tan absurdo. A todos, de niños, los agarran los chanes. Busca uno un curandero, un brujito. Limpian al guache, le levantan la sombra y aquí no ha pasado nada. Pero a él no. Se asustó cuando se andaba ahogando, pero dio la casualidad que ya nunca quedó bien. Lo limpiaron. Le levantaron la sombra. Le salvaron la vida. Pero el curandero, don Rosendo El Cuate, murió antes de que acabalara las tres limpieas.

El pequeño Gervacio —le contaron después, porque para él era imposible recordarlo— no perdía de vista la espuma que corría por el arroyo, mientras su madre lavaba. Sus piernitas se cansaron de permanecer en cuclillas y quiso cambiar de posición. No lo consiguió. Resbaló como un pescado por el musgo de la piedra en la que estaba sentado y en dos o tres marometas fue a dar al fondo de la poza.

Doña Juanita alcanzó a liberarlo, pero no pudo impedir que se atragantara de agua y que se pusiera pálido del susto. Tuvo más cuidado de él. Lo hizo sentarse más lejos de la poza y en una parte plana, de donde no pudiera resbalar.

Pero fue inútil. Al día siguiente, al mediodía, el pequeño Gervacio comenzó a sentir el cuerpo entumecido. La madre le tocó la frente e identificó la fiebre. Le puso lienzos de sal. Le dio a beber té de limón y le pasó un huevo de gallina por todo el cuerpo, pero la fiebre iba en aumento.

Se fue a hacer una consulta. Le leyeron las cartas.

—Tu hijo —le dijeron— está asustado. Aquí sale que se cayó en el agua. Y lo agarraron los chanes. Lo tienen bien atrapado. Es que se cayó cuando estaban en su banquete. Y ahí estaba el mero rey de ellos y tiró toda la mesa. Y el rey está bien enojado. Y no lo van a soltar.

—¿Qué quiere decir?

—Que no se va a componer.

Es decir, que se iba a morir. tfueron a ver a don Rosendo. Y él fue a curar al pequeño Gervacio. Lo limpió como se cura a los niños que están espantados. Con muchos trabajos logró que el niño se quedara dormido, ya cerrada la noche.

Y de ahí se fue a Las Pilas, que es donde había caído el niño. Le levantó la sombra, como debe levantarse. Le rezó. Le puso flores, le encendió una veladora. Y como siempre, se sentó ahí un rato a cavilar, creyendo que estando así los rezos y las invocaciones tendrían mejor efecto. Él les había enseñado a muchos brujitos, pero nunca reveló éste su secreto: hay que quedarse un rato, después de las oraciones, en el lugar donde uno va a levantar la sombra; ahí se debe estar uno, sin moverse, nomás cavilando. Sacó su mezcalito.

La columna de enanitos se le fue acercando. Eran hombres maduros, no eran niños, ni tampoco eran enanos, eran como adultos, pero adultos chiquitos. Todos absolutamente desnudos. En medio de todos venía el rey, con una coronita como de oro en la cabeza; ése fue el que le habló.

—Mira, Rosendo, tú estás curando a un guachito que nosotros tenemos en nuestro poder, Gervacio Terán Urquides, ¿verdad?

—Sí, bah pues, está espantado.

—Ya no lo cures.

—¿Por qué?

—Porque de todos modos no lo vamos a soltar. Y a le dijeron a su madre. No se va a componer. Yo mero tengo su espíritu y me voy a quedar con él.

—No hagas eso, amigo. El guachito está bien enfermo y su madre sufre mucho. Déjalo ir. Qué iba a saber él de que ahí estaban ustedes.

—Mira, Rosendo, ya no lo cures. Porque no lo vamos a soltar. Él destrozó nuestro banquete donde estábamos todos ellos y yo. Cayó en mi mesa. Y los que hacen eso ya no se componen. Y de una vez te voy a decir: si lo sigues curando, lo voy a soltar, pero me voy a llevar tu espíritu. Temorirás tú en lugar de Gervacio.

Don Rosendo supo que no era un sueño, y ni siquiera estaba borracho. Los vio irse. Unos corriendo, otros brincando, otra vez al agua de donde habían salido. Conforme se alejaban, se iban echando al agua, ¡plop!, ¡plop!, ¡plop!, e iban desapareciendo.

Por eso al día siguiente no quiso ir a la casa de doña Juanita.

Vino la madre del niño.

—Juanita, por qué no me dijiste. Tu hijo está bien malo. Cayó en la mesa del mero rey de los chanes, y ése es el que tiene su espíritu y no lo va a soltar.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque yo los vi anoche. Ellos mismos me dijeron. Y me advirtieron que si sigo curándolo, al que se van a chingar es a mí. Por eso de una vez te digo, ya no voy a curarlo. Ve con otro si quieres, pero yo no.

La madre volvió a casa desconsolada. El pequeño Gervacio se deshacía en llanto y la fiebre aumentaba y aumentaba.

Ya el niño estaba delirando cuando llegó su padrino de bautizo, don Matías.

—¿Qué le hicieron a mi ahijado?

—Nada, compadrito, es que así y así.

—Ah, y ya no va a venir este recabronsísimo... Yo lo voy a traer. Ahora verás.

Ahí sí ya no se sabe cómo le hizo Matías para convencer al curandero de que siguiera limpiando a Gervacio, pero le ganó la voluntad.

—Bueno, pues, voy a ir, nomás porque tú me lo pides.

Sí, fue. Llegó casi con la noche. Comenzó a curar al niño, que ya nomás estaba con un sesido, como si estuviera agonizando. Agua bendita, huevo de gallina prieta, alcohol. Todas las yerbas y oraciones necesarias. Ahí le pasó la medianoche. Ahí le cayó la madrugada. Hasta que el pequeño Gervacio se quedó dormido, ya sin fiebre.

—Ya se durmió. Ahora mañana voy a volver a venir. Ya con la limpia que le dé mañana se va a componer.

Llegó a su casa a dormir. Durmió hasta que amaneció por completo. Despertó con fiebre, con el cuerpo entumecido.

El padrino de Gervacio, don Matías, lo fue a ver.

—Ahora sí no voy a poder ir, don Matías. Bah, mira cómo estoy. Yanomás espero que no sea lo que me dijeron estos ingratos, porque entonces sí voy a entregar los piales.

Por la noche, don Rosendo el Cuate comenzó a delirar y amaneció muerto.

El pequeño Gervacio ese mismo día amaneció ya bueno y sano. Se compuso.

De eso se enteró Sabino, que fue a ver a su compadre, a ayudarlo a bien morir, y oyó de su misma boca la historia.

—Nunca le digas a nadie, compadre. No quiero que haiga cuestiones. Por favor, eso que nomás tú y tu alma lo sepan.

Pero Sabino tuvo miedo. Él, Sabino Gil, al que todos pen-dejeaban porque nunca aprendió el oficio de albañil ni de peluquero, que no heredó tierras, que no sirvió nunca para nada más que para ese oficio de putas viejas, supo que el hijo de su difunto compadre andaba haciendo travesuras. Se dice que llegó a matar a uno de sus amigos de la infancia con tal de tener a una mujer. Así que Sabino, aquella ocasión en que el Capire le insi-

nuó que tenía sospechas sobre la muerte de su padre y le exigió que le hiciera la consulta, machete en mano, se vio precisado a confesarle:

—No fue de muerte natural, Capire. Aquí me sale en las barajas. Si quieres, te puedo decir el nombre del que tiene la culpa.

El Capire se fue a comprar un machete a la plaza. De regreso venía gritando.

—¡Dónde se me va Gervacio, que mató a mi padre!

Gervacio se puso furioso.

—Si a machetazos vamos, yo también tengo machete y también soy hombre.

Pero doña Juanita fue a prevenirlo. Le contó la historia.

—Gervacio, mejor hazte a un lado. Porque este desgraciado no va a estar en paz hasta donde no estés muerto.

Gervacio no era cobarde. Todo lo contrario. Su mala suerte sólo le hacía pasar malos ratos, pero todos sabían que era valiente, no como los demás, para agarrarse a machetazos con el primero que se le pusiera en frente, pero salir de sus problemas le habían infundido un valor muy grande; y estaba decidido a afrontar incluso la muerte. Sin embargo, la historia le causó escozor. Así que lo que hizo fue algo que nunca nadie supo. tfue a Las Pílas, donde había estado a punto de ahogarse. Y se estuvo ahí hasta medianoche. Y volvió a hacerlo muchas noches hasta que los vio. Se le acercaron riéndose, pero no se burlaban, sólo parecían alegres. El de la coronita le habló. Lo reconoció. Los demás seguían jugando.

—Tu sal no es cosa de nosotros: te faltó una limpia.

—Quedé tan salado que ahora hasta me quieren matar.

Entonces el de la corona le enseñó una como espadita.

—Es el hijo de Rosendo. Aquí tenemos su machete. Con cada sacrificio se vuelve más chiquito. La hora vendrá en que ya no pueda matar a nadie y él no pueda defenderse. Pero tu virtud es más grande, porque nos puedes ver y hablar. —Y el de

la corona se le acercó y le puso la espadita en las manos—: Si tú la posees, nada puede hacerte; cuando te busque, pura neblina podrá ver y se le trabará la lengua cuando por ti pregunte, y de otro llegarán a darle razón pero no de ti, y hasta de la sal podrás librarte.

Y allí se la dejaron, y se fueron metiendo al agua de donde habían salido. Y el rey al último.

tfue entonces cuando Gervacio se fue de Las Minas. Decían que para El Nanche, y aunque a veces se corría el rumor de que había bajado, que a ver a su mamá, que a la feria, lo cierto es que nunca más volvió. No pocos sabían que vivía feliz, con su mujer, pero no en El Nanche, y que después de que la mala suerte lo había perseguido, llegó a tener un ranchito bien cuidado y sus hijas crecieron y se pusieron hermosas; y que su madre, doña Juanita, lo visitaba frecuentemente y le llevaba flores a la tumba de don Rosendo padre.

Pero esto el Capire no llegó a saberlo nunca, sino sólo que Gervacio vivía en El Nanche; y no llegó a saberlo porque, entre otras cosas, él casi siempre andaba huyendo, y también porque prácticamente no hablaba con nadie.

Así hasta que aquel día, Gervacio, sin alcanzar la plena vejez, pero ya abuelo, y sabiéndose vencedor de la persecución, como se lo habían predicho los chanes, finalmente perdió la batalla contra el extraño mal que le dejaron los sustos y la desesperación de sus años de salado; y hasta se llegó a decir que su muerte le sobrevino por buena suerte, pues a los ocho días un rayo partió en dos el tamarindo de su casa donde él siempre reposaba por las tardes. Allá lo velaron, en su ranchito, pero él pidió ser sepultado en su tierra. De la espada nunca supo nadie, aunque se dice que se la dejó a su mujer, y que por eso ella estaba segura de que el Capire no se atrevería a hacerle ningún daño a la familia.

Cuando ya todos se habían retirado del camposanto, El Capire sacó su machete, que parecía ya una aguja de pescar, de

tanto afilarlo, y lo clavó en el centro de la tumba de Gervacio. Sabino se acercó a consolarlo. Entonces el Capire recogió un puño de tierra y se lo aventó a la cara a Sabino.

Al otro día amaneció rodado de borracho en la calle, a un lado de la piedra de la cantina de Jacinto, y no se levantó sino hasta el mediodía. Luego huyó de Las Minas.

A la sombra del sombrero

Otro círculo de escombros, pero más, mucho más gris y desmedido, quedó arriba, como sombra; un viejísimo sombrero deshaciéndose, como un pájaro furioso arrancándose las plumas, dejándolas caer una por una, lentamente, para que se confundieran con las alas destrozadas del triste pajarraco que ya éramos nosotros aquí abajo, después de la tormenta.

Los pocos sobrevivientes, aferrados a lo poco que se había salvado —casas, reses, perros— cupimos en un pedacito de tepetate, en lo que ahora es el Zócalo. No nos reunimos porque alguien nos hubiera llamado, sino porque sí, porque era viernes. Y todos los viernes, como ustedes saben, nos damos una vuelta por el Zócalo para ver qué nos compramos, qué vendemos o nomás a ver qué chingados encontramos. Como yo ahí, una vez, hallé a Camelina. Por muchos días estuvo llegando gente, toda ensangrentada, proveniente de allá, del Cerro Pelón, adonde la fue a tirar el remolino, y nuestro círculo en el Zócalo fue creciendo. Sobre todo crecían los escombros con los escombros que caían y con los que íbamos sacando de debajo de la pedacera de pueblo.

Lo más inclemente era el cielo. Creímos que seguiría la lluvia, como sucede después de todas las ventoleras. Pero no. Era un cielo duro que pesaba, que ensuciaba nuestros ojos y nos dejaba caer de vez en cuando alguna rama, algún costal, alguna sábana. En fin, que no era un cielo, sino más bien un pedazo de piedra que rugía. El cielo que han de mirar los difuntos que no alcanzan la gracia de la sepultura. Luego se fue haciendo claro con los

días, y luego azul, pero tanto, que de todas maneras no podía mirarse. Parecía una bandeja bocabajo, ardiente, y nos aplastaba y asfixiaba en un enorme pozo.

Por primera vez en muchos años se nos vino el frío. Pero no en la piel, que es donde debe de sentirse el frío, sino que era un sacudimiento que no cabía en nosotros nada más de ver la tierra toda descarapelada, sin tener siquiera dónde defendernos del sol, ni la sombra de un cirrián. Nos habíamos quedado sin el pueblo, pero, sobre todo, sin nada ya de sombra. Desde ese día muchos comenzaron a largarse. Que a México, Veracruz, a mundos vivos. Que todo de ahora en adelante iba a ser más inclemente, decían cuando se alejaban con sus hijos apelotonados en el lomo de algún burro. El Piquín subió en su burro a su mujer y a sus hijos, y luego se subió él, y ahí va, casi sin poder ver el camino, y cuando Tío Lolo le gritó: «¡Hazme un campito en tu burro, Piquín, llevas harto espacio!», todavía le contestó: «Por ahí búscate un campito».

Andábamos todos tristes, mirando siempre abajo, buscando que el anillo, que la esclava, la cadena, algún centavo. Resentidos con el cielo, con el padre que no quiso hacer la misa para el buen temporal en la capilla.

A mí, como es de suponerse, me dio rabia solamente haberme quedado sin Camelina, haberme quedado para ninguna otra maldita cosa nada más que buscarla y buscarla por las ferias, por los pueblos, por todas las veredas y, sobre todo, al final, para morirme sin Camelina.

Se me fue de entre los brazos. Como si se me hubieran desprendido los dos brazos, y ya nunca supe adónde habrán ido a parar los dedos húmedos, las piernas tibias que se trenzaban con mis dedos y mis piernas y que me mantenían ocupado cada noche y, a veces, todo el día, mientras no estuviera ella sobre los tizones y cazuelas, cabalgando en el metate. Por cierto que también se perdieron los tizones y las cazuelas y el montoncito de

maíz y todo lo que se llamaba vida. Había venido a un baile a ver al Gavilancillo de la Sierra, el nieto de aquél que decían que tocaba sin tocar, que dizque bailaba y componía y rompía los instrumentos de los que alternaban con él. Y yo que sí, que es cierto, que yo me tocó verlo. Vamos, yo te llevo. Y sí, lo vio, bailó con él.

—Te voy a ir a traer —le dije—, ¿de dónde eres?

tfui por ella. Me la traje rodeando veredas. Que iban a venir por ella, me habían dicho. Que te la van a ir a quitar. Pero nunca nadie vino a reclamármela. Sólo el viento.

Otros también perdieron sus mujeres y sus hijos, pero los recuperaron de debajo de los techos, después de muchos días. Y los que no, según yo veo las cosas, más bien salieron ganando.

En fin, que el pueblo que se llevó el remolino volvió muchos años después, pero no era el mismo. No volvimos nunca a ver una coquena, una güilota, un tapachiche, las turicatas que rojeaban el suelo en tiempos de aguas. Y ya no volvimos a levantar casas de paja que los becerros se comían en cualquier descuido, «ándale, guache, se están comiendo la casa».

Parece que lo único que volvió fue la sarta de sombreros de don Arredondo, conocido por mal nombre como el Giro, que estuvieron haciendo círculos y círculos, haciendo sombra todavía unos instantes después de la ventolera, y hasta antes de que se metiera el sol, es decir, antes de que pardeara, pues el sol no volvió a brillar en todo el día después del remolino.

Pero don Arredondo el Giro tuvo que esperar mucho tiempo para recuperar sus sombreros. Y no fue sino hasta que comenzó a recuperarlos cuando le volvió el habla. Porque después del remolino se la pasó tres días sentado a la puerta de su casa, dormitando como un caballo enfermo, aunque en su cara se le veía el aspecto de un hombre satisfecho; y sólo hacía falta que se pusiera a contar chistes o a reírse de las desgracias de los demás para ser el mismo de antes, el que apenas en la mañana tuvo la ocu-

rrencia de ponerle el apodo de La Nave al finado Alberto, que se pasaba en el agua, y de mandar a unos compradores de marranos a despertar al Cuche cuando le preguntaron si sabía de alguien que tuviera marranos de engorda.

—Cómo no —les dijo—, allá por El Calvario una señora tiene un cuchote pero gordo. Díganle que van de mi parte y que se los deje más barato.

Sin advertirles que el cuchote del que hablaba era su amigo el Cuche, quien efectivamente estaba gordo, más gordo que un marrano.

Y dicen que fue ese mismo día cuando fue a su parcela y de regreso vio a don tflavio que estaba limpiando un par de tumbas en el camposanto, mandado por doña Tonatiuh, y le pidió una cerveza que don tflavio le negó porque estaba fuerte el sol. Pero, amigo, le dijo don Arredondo, tienes hartas. Pero falta mucho trecho, le contestó don tflavio; y entonces don Arredondo se vino derecho a la casa de doña Tonatiuh, y llegando le pidió una cerveza. Bah, creo vienes enojado, le dijo ella. Señora, cómo no, si vengo de hacer corajes. Cómo está eso. Pues nada, doña Tonatiuh, que me encontré a don tflavio limpiando unas tumbas en el camposanto, pero yo digo, señora, según a mi parecer, que uno debe hacer las cosas con traza, y más cuando a uno le están pagando. Cómo está eso, don Arredondo. Pues que este amigo está haciendo una cochinada, doña Tonatiuh, en vez de estar limpiando, nomás está haciendo perjuicios; yo digo, si yo fuera el dueño, no había de pagarle nada, antes bien, lo había de llevar al ayuntamiento para que me pague los perjuicios, bah, está dejando eso de al tiro como chiquero; y luego cómo va a usted a creer que uno ande trabajando borracho. Cómo que borracho. Y dicen que desde ese día doña Tonatiuh no le habla a don tflavio, contimás para estarle pagando. Pero seguro que si hizo eso no fue ese mismo día, porque la ventolera nos pegó temprano. Y después de eso, la gente rumoraba:

—El Giro quedó mudo.

Así se pasó tres días. Su silla de palma estaba muy arqueada por el peso de don Arredondo, pues la había colocado inclinando el respaldo contra la pared y la madera lo sostenía casi en vilo. No perdíamos de vista sus ojos, sus dedos, la mueca de su boca. La inmovilidad de sus cabellos, que no tenían el color negro que correspondería a su cara morena, sino un café muy claro que a contraluz parecían tan amarillos como una palma seca, como se ven los potreros en cuaresma, y por lo cual le llamaban todos el Giro. Pero nunca descubrimos qué cosa había dentro de él que lo mantenía vivo. Parecía que nada se le había roto por dentro sentado ahí, en su silla, recargado en la pared.

De vez en cuando aparecía en lo alto del cielo ceniciento un puntito negro que se iba haciendo grande y más grande, hasta que ya era un circulito que venía dando vueltas y maromas, y los guachitos corrían por todos lados intentando recibir en las manos el sombrero para ir a aventarlo al catre y recibir a cambio un pan o una medida de manteca.

A los tres días nos dimos cuenta de que comenzó a mover sus pies de arribabajo y de un lado a otro, marcando un ritmo como de música fúnebre, y de pronto se quedaban así nomás, colgando, azotándose al gusto del viento. Salustio Madariaga platica que ahí, sentado en su silla, agarró el remolino a el Giro, pero eso no es cierto, porque si hombre y silla permanecieron ahí durante todo el día y toda la noche y el día siguiente, fue porque al Giro no se lo llevó la ventolera, y no se lo llevó porque estaba dentro de su casa. Lo que sí fue cierto es que estuvo mudo tres días completos.

Después de muchos años de andar desenredando los caminos de Tierra Caliente y sus alrededores, don Arredondo el Giro había reunido ya unos cien sombreros de los de falda de setenta vueltas bien contaditas. Ordenados en hileras circulares, cubrían todo el frente de su casa y parte de la calle. Ahí andaba

El Giro, caminando entre los surcos de sombreros, listos para engomar y embadanar y llevárselos a vender a Tejupilco, a Bejucos, a Zirándaro, según las fechas de las ferias.

Madrugó como todos los días, y vio amanecer con su escoba, con esa forma que tenía de barrer que parecía que bailaba un baile antiguo. Y nomás amaneció, se puso a extender sus sombreros en el patio y en la calle. Puso uno en el centro y luego lo encerró con otros tres. Y luego hizo otro círculo más grande, y otro y otro.

tfueron muchos a ayudarle y les dio chocolate con esos panes azucarados que se llaman regañadas y a algunos les ofreció mezcal. Y luego, cuando ya iba saliendo el sol, corrió a todos para sus casas para que no fueran a robarle algún sombrero o para que no lo entretuviéramos con pláticas mientras algún grosero se aprovechaba con su mercancía. Ya empezaban a pasar los guachitos comideros con sus burros hacia el campo cuando comenzó a correr el airecito. Era un aire que no olía a tierra mojada ni a tierra seca, más bien como a piedra, como a lumbre, no obstante que era un aire demasiado frío.

Don Arredondo comenzó a juntar sus sombreros uno por uno, contándolos de vez en vez, cuando de repente un pajuélazo de aire lo aventó contra el cascalotito que tenía a medio patio y ya no siguió juntando nada, sino que corrió para su casa, adonde se encerró con su mujer y sus hijos y donde muchos de los que andaban en lo alto lo vieron agitándose, golpeando y mordiendo las rejas de la ventana.

Más que de aire, era un remolino de pan y de sombreros. Un enorme cono puntiagudo que rascaba el cielo de un lado para otro, como haciéndole cosquillas, como un sombrero grandísimo que se hacía grandote y chiquito y largo y ancho y de repente ya no era sombrero sino un rebozo negro, y luego no era más que un remolino de a de veras, que se llevaba vacas, burros, árboles,

piedras y, como si se tratara de sombreros viejos, también nuestras casitas.

Mujeres sin hijos, maridos sin mujeres y abuelos sin nietos nos quedamos tiritando debajo de los arbolitos que quedaron de puro milagro pegados a la tierra. Otros pobres quedaron atorados entre espinos y mezquites; y los más de los desaparecidos ya no volvieron a aparecer.

A Camelina la estuve agarrando de las manos, de los pies y hasta de los cabellos, esos cabellos gruesos y olorosos que se peinaba metida en la pileta de ladrillos; la estuve agarrando mientras yo me sostenía del último horcón de la casa, trenzando mis piernas con toda el alma, con sólo un pedacito de su alma entre las manos.

Todavía estábamos abrazados en el catre cuando el viento se metió por la puerta y antes de que pudiéramos darnos cuenta qué pasaba ya estábamos Camelina y yo por el suelo, mirando la araña desecha del catre, los otates azotándose, desatándose, levantándose por las alturas, dejando sólo los cuatro pitoncitos rotos que habíamos clavado en la tierra para armar el catrecito de otate que nos servía de lecho y mesa, y sintiendo cómo ya teníamos los ojos llenos de tierra, y el cuerpo de espinas, y la cabeza de piedritas. Entonces, como pudimos, sin soltarnos, buscamos un tronco, una piedra, algo de dónde mantenernos unidos a la tierra, pero el aire nos levantó juntamente con nuestras sábanas, enredadas entre los cabellos de Camelina, y no tuve más que agarrarme del horcón de corongoro que servía de pilar del jacal, y entonces ella se prendió a mi cuerpo, luchando por no separarse de mí; pero se me fue zafando, zafando, hasta que la sábana voló por completo, entre las vacas, y sentí cómo ya sólo me quedaba entre las manos una pierna de ella, que luego fue un tobillo, y luego un dedo, y luego, nada. Entonces me solté del corongoro para ver si la alcanzaba, pero el aire, en lugar de levantarme, me sorrajó contra la tierra y me dejó ahí, embarrado

como una plasta de caca, mientras todo seguía dando vueltas y vueltas, y el pueblo enmedio, y en medio de todo, Camelina desnuda, adormilada, calentita todavía. Viva.

Si gritó, si me gritaba, si me siguió gritando mientras el aire se la llevaba, yo ya no pude escucharla.

Por eso me fui con el Giro. Yo mero me ofrecí para buscarle sus sombreros. Yano me quedaba, ni me queda para toda la vida, más que la esperanza de encontrar a Camelina viva, con el rebozo de sus brazos y el chocolate de su boca todavía calentitos. Tal vez en otro pueblo o en algún cerro, refugiada en cualquier parte. Yallevaba varios días caminando como alma en pena, durmiendo debajo de cualquier palito seco, siempre con la esperanza de escuchar algún grito, un llanto, algún gemido, el más débil sollozo de Camelina, cuando caí en la cuenta de que mientras más buscaba a Camelina, más sombreros encontraba. Entonces hice un trato con él.

Ahora no falta quién me diga qué pendejo, que teniendo tantos sombreros que me encontré, y sin una sola razón importante para volver, no me fui de malas para venderlos por ahí y hacer mi dinerito y buscarme cuantas Camelinas quisiera. Pero ya está claro que ni el dinerito ni los sombreros ni otras Camelinas me importaban, si no fuera una señal de vida o al menos el rastro más pequeño, la prueba más insignificante de que había vivido un ángel llamado Camelina.

Hicimos trato cuando me vio llegar con siete sombreros en un costal, todos mojados y algunos hasta rotos. Al momento se puso a componerlos, y ya de ahí para acá se le volvió a soltar el habla.

—Hay otro montón —le dije cuando se puso a añadir el primero con mucha calma, pero moviendo los dedos con mucha rapidez—, pero ya están bien pozudos. Por eso los dejé.

—¡Cómo serás de al tiro tonto, Calique, amigo! Yo aquí arreglo hasta el más agujereado. Si no te me vas pero orita mis-

mo a traerlos, por todos los benditos cueros de mis talegas que voy y te meto unos fajos...

Y soltó una carcajada, de puro gusto, con una alegría que le hacía reparar la barriga.

—Si yo los inventé, pendejo. Yo los hice. Son como mis hijos, hasta se te figura que no los voy a remendar.

Y se puso a contar que agarró a un hombre para hacer el primero, que lo quería hacer en forma de embudo, pero que pesaba mucho y que entonces agarró un pedazo de tronco de cascalote y le acható la punta, y que otros decían que también lo habían inventado pero que él tenía testigos de que él era. Puros cuentos.

El pobre de José tfacundo, que fue realmente el que hizo el primer sombrero, y que para ese entonces ya estaba cieguito de tan viejito, nomás lo oía y se reía. Yo también comencé a reírme. Me di la vuelta y todavía riéndome le dije:

—Y qué, ¿siquiera nos vamos a las medias?

—Pos luego. La mitad. Pero tráeme todos.

—¿Hasta los que no sean tuyos?

Y me contestó con otra carcajada.

Entonces comencé a andar por muchos pueblos, por unos que no tenían ni nombre.

—Bah, pues, aquí yo creo se ha de llamar Los Chiscuaros, porque, bah, de esos hay hartos. Hasta nos hacen sombra cuando alborotamos los cascalotes.

—Ando buscando... ¿qué, ustedes no conocen por aquí una Camelina que haya caído del cielo?

—Pues sí. Pero no caen del cielo. Nacen de la tierra. Y están aquí, atrasito.

Y me mostraban el arbolito. Ése que se llama camelina y que no huele a nada. Como digo, lo que encontraba más bien eran sombreros. A algunos ni siquiera los levantaba porque eran de difuntitos. Uno estaba recientito. Yo creo que lo ha de haber matado un amigo, o a lo mejor hasta su propio hermano, porque

estaba bien cerca de la vereda y la sangre todavía no se secaba. Tenía el machete clavado en la boca del estómago y cuando le quité el sombrero de la cara vi que tenía los ojos cerrados. Por eso pienso que lo mató un pariente, porque tuvo la decencia de cerrarle los ojos. Pero el sombrero no estaba manchado de sangre, porque su cara estaba limpia, nomás la boca estaba derramándose de cuajarones. Entonces pensé que el que le puso el sombrero se lo puso para que la cara no se le reventara con el sol. Por eso se lo volvía a poner, no fuera que se le notara al sombrero que se lo había quitado a un difunto, aunque tenía las setenta vueltas completitas.

Encontré otro cubriendo un montón de huesos ya deshechos debajo de una saiba. Debajo estaba una calavera ceniza, llena de hongos blancos, cabezoncitos, suaves. Hasta creí que era carne cuando los sentí. No sé por qué sentí miedo, pero creo que fue porque el sombrero estaba nuevecito y porque la mera verdad nunca supe si dejé el que ya estaba ahí o lo confundí con el mío y me traje el que cubría el montón de huesos.

Tampoco levanté el que estaba debajo de un mezquite que ya tenía el tronco bien descascarado y las ramas blancas de marchito. Lo vi cuando me bajé del burro a orinar y estaba nuevecito. Claro que no me gustó nada que estuviera debajo de un árbol marchito, medio pestilente. Un olor como a muerto. Como el olor que queda en los árboles después de muchos días de haber matado un chivo. Hasta pensé que por cualquier lugar iba a encontrar un animal colgado de las patas con el pescuezo estilando la sangre. Porque eso olía eso, a sangre. A sangre puesta a secar. Recogí el sombrero y el olor me hizo estornudar. Y luego sentí ganas de volver las tripas. Debajo del sombrero había una chalupita de hoja de lata, de ésas de sardinas que usamos para medir las combas. De ésta no pude ver el fondo, porque estaba hasta la mitad de una cosa como cera, como sebo. Y era sebo. Y ya iba a meterle el dedo cuando vi que a un ladito estaba

otra. Y luego vi cómo una gota espesa, como miel, llegó hasta el sebo ése y se aplastó y se perdió. Miré hacia arriba, sin darme cuenta que estaba ya tratando de agarrarme con las manos a la tierra para no irme de lado, de tan borracho que me había dejado ya el olor. Ahí estaba, como había adivinado antes, un animal muerto, con los ojos saltados y el hocico hacia abajo, de donde destilaba el sebo hasta la jícara. Como pude me levanté, agarrándome de otras ramas, igual marchitas como las del mezquite. Era una como iguana, pero más grande, y en vez de escamas tenía como espinas, como cuernos chiquitos, blanquecinos. Luego vi a Camelina, despidiéndome de la casa, haciéndome como señitas con la mano, dándome una recomendación:

—Mira, Calique, ten mucho cuidado con los escorpiones... Parecen iguanas grandes, pero no son iguanas. Son escorpiones y son más venenosos que una coralillo...

Después ella se volvió una sombra, con su falda larga y las trenzas cayéndole en el pecho. Gritaba, pero yo no podía oírla. Cuando desperté, sentía comezón en todo el cuerpo, yo estaba bien tendido, bocabajo, todo lleno de hormigas. El burro andaba bien tranquilo, arrancando yerbas secas de la tierra. Cuando le platiqué al Giro, entre carcajada y carcajada me explicó:

—¡Cómo eres pendejo, Calique! Otro ratito más y te retocarga la chingada. Bah, qué, ¿no conoces los escorpiones? ¿No sabías, tarugo, que unas viejas juntan esas chingaderas para poder hacer sus trabajos? Ese sebo lo ocupan para echarlo en las comidas. ¡Cuándo te quedas vivo si llegas a comer eso!

Así era, de por sí. Siempre se reía de las desgracias ajenas.

Cuando ya habían pasado varios meses y yo sabía que ya no podía encontrar más sombreros, le dije a el Giro que lo que yo quería era seguir buscando a Camelina, y que me alquilaba con él para andar de feria en feria, como él andaba.

—No la vas a encontrar —me dijo, muy serio—, pero como sea veinte, ya encontrarás otra cosa.

Y luego me hice de mi propia carga de sombreros, y andábamos los dos, cada quien con su bulto, vendiendo y comprando, yendo y viniendo, y yo, buscando y buscando. Me acostumbré bien rápido a las bromas y a las maldades de el Giro. A quedarme sin comer, o sin dormir, o sin beber nada, o a permanecer en la cárcel toda la temporada hasta que el cabrón fuera a sacarme, riéndose de mí. Pero aun desde la cárcel me asomaba y me asomaba para ver si de casualidad pasaba alguien que se llamara Camelina. Y me ponía a gritar ¡Camelina!, ¡Camelina!, ¡Camelina!, hasta que un culatazo o un balde de agua fría me hacían guardar silencio, pero su nombre seguía repiqueteándome por dentro, como una campanada o más bien como una punzada, como cuando se nos rompe un hueso.

A veces me proponía partírle el hocico a el Giro cuando llegara con el dinero de la multa a sacarme de la cárcel, pero él siempre tenía algún chisme preparado para que se me olvidara el coraje y no me desquitara. Aquí o allá, por aquel lado o por este otro, me dijeron que hay una muchacha que le dicen Minina y que vende elotes, me decía. Y yo digo, gallo, qué ¿no le han de decir Minina porque se llame Camelina? ¡Vamos!

—¡Vamos! —le decía yo.

Y entonces me iba yo y buscaba y buscaba.

—Sí. Viene todas las noches a vender, pero no vende elotes. Vende arrayanes.

Y la esperé. El Giro, eso sí, me llevó de comer. «Ándale, amigo, mejor vámonos, bah, ¿qué pues, estás creyendo que sea ella? Ha de ser otra cabrona y tú aquí...».

Vi la sombra aparecer en la esquina, cargando un chiquigüite en la cabeza y con un banquito en la mano. Y luego dije que no era ella, porque ella no estaba tan alta ni caminaba así de raro, sí, pero con una rareza que emborrachaba nomás de verla, como si fuera en el aire, como si la misma tierra que pisaba se acomodara con sus pasos y retozara; y ella misma caminaba como

si fuera acariciando el polvo, que ni siquiera se alborotaba, y su cuerpo adquiriría entonces una fragilidad de pajarito, pero al mismo tiempo una altura inconmensurable, imposible de tocar. Se le movían las caderas, sí, pero porque de por sí se le movían de maduras, no porque ella se meneara tanto. Por eso luego supe que no era ella. Pues tampoco era morena, y las primeras sombras de la noche me decían que quien venía acercándose era más prieta que un fogón.

Y no. No era Camelina. Era un cabrón fresco a quien le decían la Minina, porque a los hombres les decía que él no manoseaba, que acariciaba como una gatita, y porque tenía la costumbre de aprovecharse de los borrachitos que rodaban por el Zócalo de ese pueblo y ellos ni siquiera lo sentían. Por eso le decían la Minina.

Y entonces, en vez de sentir ningún coraje contra el Giro ni contra la Minina, me daba mucho miedo que el no encontrar nunca a Camelina me envejeciera de pronto y me produjera una muerte a pedazos. Y entonces le daba las gracias al fresco porque al menos había alimentado mi esperanza y con ello mi vida misma.

Y de eso se aprovechaba el Giro.

La única arma que yo tenía para que dejara de molestarme era hablarle del remolino. Acordarse del remolino lo ponía triste.

—¿Te acuerdas —le decía yo—, cuando te agarró el remolino y te encerraste en tu casa como una señorita y te la pasaste nomás aplastado en tu silla tres días enteros?

—Sí, me acuerdo —contestaba, y aprovechaba para hacerme acordar a mí también—; y también me acuerdo que a un amigo lo hallaron bien encueradote abrazado de un poste de corongoro y bramando como cuche y que por mal nombre le decían el Calique. Qué, ¿no lo conociste? ¡Ah, pero si fuiste tú, cabrón!

Pero a pesar de eso, mi arma era eficaz, mientras que él no conseguía nada, pues yo traía ese recuerdo como si lo viviera to-

dos los días, tanto que no era precisamente un recuerdo, sino una parte de mi vida, una forma de ser y de estar. La vida seguía siendo para mí exactamente como un remolino. En cambio, él se echaba una carcajada por el chiste que todos le celebraban, y luego luego se quedaba callado mucho rato, mientras los demás se ponían a hablar como pericos de la tormenta.

—Yo me acuerdo bien. Ya venía yo subiendo por la Compuerta cuando vi la ventolera. Unos amigos venían corriendo hacia donde estaba yo, y les pregunté qué pasa y nada más decían «El remolino, el remolino». Yo nomás porque luego corrí para una zanja, pero estaba llena de hormigas y luego fueron llegando las parvadas de murciélagos y se me pegaron en el cuerpo, juntamente con las hormigas, pero yo no me salí, me acomodé bien en la rendija. Bien que cupo todo mi cuerpo, todo forrado de murciélagos y de hormigas. Pero, bah, pues, gracias a eso no me levantó el aire, pero a todos los que venían corriendo sí se los llevó y hasta a mi burrita también. Y me acuerdo, pues, que por dondequiera iban a caer los sombreros, pero yo pensaba que eran pedazos de trapo, porque no creas tú que parecían sombreros. Iban todos volteados, doblados. Yo dije: «Son los calzones del cabrón Giro».

Eso contaban y el único que se quedaba callado era el Giro. Ése era el único remedio para que dejara de molestarme. Aunque luego sabía cómo desquitarse del mal sabor que le provocaban esos malos recuerdos. Porque el recuerdo del remolino le amargaba la boca y otras cosas de más adentro. Él mero me lo dijo en un camino.

—Calique, amigo, yo sé que me paso de cabrón contigo, pero un favor te voy a pedir. Ya no me hagas acordar...

Llevábamos dos días de camino hacia nuestro pueblo desde la última feria. Nos había ido muy mal con la venta y traíamos casi completa la carga. Él iba adelante en su burrito; yo atrás, haciendo corajes con las mulas, cuando oí que estaba hablando.

Pensé que iba maldiciendo a los bandidos que nos habían salido un día antes, pero no movía las manos para hablar, como acostumbraba. Emparejé mi burro con el suyo y miré su cara sucia, reseca, reventada por el sol.

—¿De qué? —le dije.

—De aquel suceso. Por Dios que siento como un trancazo en la nuca cuando hablas de eso. Y más cuando empiezan todos los hijos de la chingada que yo me acuerdo, que yo también...

Seguí junto a él un buen rato, para ver qué más decía, pero no dijo nada más. Entonces me fui quedando atrás otra vez para seguir al pendiente de las mulas. Mucho rato después ya se puso a maltratar a los bandidos.

Nos habían salido en un recodo. Al dar la vuelta nos los encontramos. Eran unos veinticinco. Todos a caballo. Nos quedamos parados hasta que unos tres o cuatro se acercaron al Giro y lo bajaron de su burro. Lo esculcaron de pies a cabeza, y como no le encontraron nada vinieron conmigo. Igual me esculcaron. Cuando se dieron cuenta de que no traíamos nada de dinero no más se nos quedaron mirando.

—Hay que matarlos, ya de menos pa divertirnos un rato —dijo un viejo que no llevaba camisa y tenía la espalda hecha un pellejo tecatoso, tecatoso, que yo pensé que con un cuero como ése podíamos reírnos del sol.

El que parecía el jefe no contestó. Vestía de manta, como sus compañeros, y en el sombrero traía cosida una estampita de la Virgen de San Lucas. Más que hombre parecía lagartija hambrienta o hasta muerta. Y me dio lástima. No por la cáscara de su pellejo ni porque tuviera la boca reventada, hecha una llaga por el calor, sino porque se me ocurrió que yo al menos tenía la esperanza de encontrar a Camelina y éste, de seguro, ya no tenía la más mínima puta esperanza de encontrar a nadie.

Supe que no nos iban a matar, que nomás lo decían para ver si nos espantábamos, pero no teníamos ganas de espantarnos.

Nos quedó mirando mucho rato, a lo mejor queriendo reconocernos, a lo mejor sintiendo la misma lástima que sentíamos por ellos. O a lo mejor con verdaderas ganas de matarnos, porque él también nos miró como a unas lagartijas. Luego miró para otro lado. Movió la cabeza como si lo jalaran con un hilo y el hilo lo hubiera seguido jalando y no pudiera volver a mirarnos. Otro se bajó de su caballo, que era un viejo caballo de palo, así como estaba de huesudo, y se acercó a los burros donde venían los sombreros. Comenzó a sacar y a sacar hasta que completó uno para cada quien y luego volvió a montar.

De repente, el jefe soltó una carcajada. Y entonces sí pensé que iba a matarnos, porque entonces ya pareció hombre y no un animalito muerto de hambre. Luego dijo:

—De seguro éste es el amigo que perdió el negocio en la tormenta —dijo al fin, codeando al que parecía su segundero, que estaba entretenido en descoser la imagen de la Virgen de San Lucas del sombrero de su jefe para remendarla en el que le habían alcanzado. Luego el de cara de lagartija volvió a hablar—: Dicen que cuando vio que ya no tenía nada se volvió mudo y tres días estuvo sentado a la puerta de su casa nomás viendo pasar la gente.

Todos sus hombres se rieron también como si les hubieran contado un chiste, y de ver cómo les brillaban los dientes, me dieron también ganas de reírme a mí también, y hasta llegué a creer que el mismo Giro les iba a contar un cuento, como acostumbraba hacerlo en estas situaciones para ganar tiempo y para salvar también la vida.

—Y esperen que éste les cuente algo —les dije, pero no me hicieron caso; o no me oyeron, o no quisieron oírme.

Además, el Giro estaba lejos no sólo de contarnos algo bueno, sino también muy lejos de donde lo tenían todavía tres hombres arrepechado contra su propio burrito, apuntándole con sus viejas escopetas.

Cuando acabaron de reírse, volvieron todos a sus caballos y el jefe se dio vuelta y comenzó a bajar el paredón, seguido de sus hombres.

Recogí mi paliacate, es decir, el pedazo de rebozo que era lo único que me quedaba de Camelina y que aventaron al esculcar-me, y me paré en la orilla del camino por donde habían bajado.

—¡Ando buscando a Camelina! —les grité cuando ya todos habían bajado por el paredón.

—Seguro también se la llevó el viento —contestó el jefe, que ya se había perdido entre la mezquitera.

Cuando ya se iba metiendo el sol, el Giro comenzó a llorar. Lo vi, pero hice como que no lo veía. Pensé que a lo mejor le dio sentimiento que no pudimos vender más que unos cuantos sombreros y estos malandrines nos quitaron lo que con muchos trabajos vendíamos en toda una temporada de feria. O que a lo mejor iba llorando de coraje porque no pudo ni mentarles la madre. Pero después me di cuenta de que lloraba porque se rieron de él. Así que me puse a sacarle pláticas y pláticas, y como no me contestaba, entonces yo también me quedé callado y seguimos así toda la tarde. Y así dormimos.

tfue hasta el otro día cuando me dijo eso de que ya no lo hiciera acordar del remolino.

Yo pienso que al Giro no tenía por qué amargársele la boca si hablábamos del remolino, siendo que yo le había dado ya muchas razones para reírse a carcajada abierta y había sido el remolino el que me había obligado a seguirlo a rodear caminos y caminos, y que no había sido sino un giro muy cabrón para nuestros ya de por sí torcidos destinos, pero de ninguna manera algo para amargarnos la boca, si ya estábamos acostumbrados a dar vueltas y vueltas, comenzando por las vueltas que le vamos dando a las trenzas cuando cosemos los sombreros, y luego, las vueltas y vueltas que nos damos en la plaza para venderlos a los sombrereros, y luego más vueltas para venderlos en las ferias que

vuelven y vuelven cada año, ¿por qué tanto sentimiento por un remolino que lo único que hizo fue darnos otras cuantas vueltas en el viento y nos vino a dejar finalmente en el mismo lugar para seguir torciéndonos y dándole de vueltas a las trenzas de nuestras vidas, sentados, con el sombrero en las rodillas, anhelando, buscando, desesperándonos por dar la última puntada, sea que esa última puntada se llamara Camelina o se llamara como se llamara?

—Todo comienza por la primera puntada y termina con la última —le dije, después de que echó todas las maldiciones que pudo contra los bandidos que nos habían asaltado, todavía mareado yo por haberle dado tantas vueltas al mismo pensamiento.

Y luego pensé que fue precisamente el remolino la primera puntada que trenzó el destino del Giro con el mío. Pero nomás fue un pensamiento, porque en realidad las cosas comenzaron mucho antes y quién sabe hasta cuándo habrían de acabar y quién sabe hasta qué punto el hecho de desmadejar juntos todas las veredas tendría que enmadejar también las madejas de las veredas de nuestros destinos.

—Abrón... Digo, Calique... Vamos a terminar por no saber cuál es tu historia y cuál chingados es la mía —dijo.

«O sea que los dos hemos venido pensando la misma cosa», pensé.

De entonces, cada vez que yo quería desquitarme de sus maldades lo hacía acordar de aquella vez que nos asaltaron. Y nos pasamos así muchos años. Yo busque y busque a Camelina. Y El Giro en su mismo giro. Los dos, dándonos tiempo de vez en cuando para darnos cuenta de que, realmente, hacíamos la misma cosa. Yo, vendiendo las vueltas de mi vida al precio más caro que se pudiera, con tal de poder comprar alguna vez el regreso de Camelina, en un negocio que me desfalcaba cada día, en cada recodo, en cada regreso a Tlapehuala, hasta dejarme verdadera-

mente en la miseria. Él, buscando y buscando algún sentido a sus andadas, sin saber qué era lo que realmente buscaba.

—Ando aquí por ver qué chingados encuentro —decía cuando se le pasaban los mezcales—, y ya de paso vendo los sombreros. A ver si no un día de pura casualidad me encuentro con la muerte.

Lo decía borracho, pero muchas veces, incluso en su manera de reír me di cuenta de que lo decía de veras. Bueno, realmente me lo dijo desde que le dije que cuánto me pagaba por ir a buscarle sus sombreros, aunque entonces no lo comprendí:

—Anda, pues —me contestó, todavía sentado en su silla, recargado en la pared—; ójala que tú llegues a encontrar qué cosa quieres encontrar.

A mí me interesaba encontrar a Camelina. Bien que sabía que poquito me importaba hallar un puta sombrero. Lo único que me importaba desde entonces, lo que quise encontrar toda mi vida, era ella.

Y luego murmuró, más para sí mismo que para que yo lo oyera:

—Y que no te vayas a ir por ahí como yo, creyendo que busco algo que cuando llego a encontrarlo me doy cuenta de que no es ese algo lo que busco.

Pero tampoco encontramos nunca nada.

De tanto decirle a la gente que encontrábamos en cada pueblo que Camelina había caído del cielo, comencé a creerlo yo mismo.

Luego decía el Giro:

—Pues este cabrón se casó con una mujer que cayó del cielo, y que luego el cielo se la llevó...

Nunca aprendí a encontrarla en otras caras ni en otras sábanas. Bien que me daba cuenta de que no era ella la que amanecía conmigo cuando me despertaba todo sudado, con las cobijas hechas de pedaceras de otras cobijas, aferradas a mi cuerpo y

los cabellos de una mujer trenzados en mis manos. Me levantaba manoteando y me salía así, bien encuerado, al corredor, a respirar el fresco, sintiendo todavía la brasa del sudor de la otra mujer, que era siempre otra, y el aire me quemaba por dentro, y yo buscaba mi sombrero debajo de la cama para echarme aire; pero más sudaba y más me echaba aire, y más sudaba. Mientras, la mujercita se levantaba, trataba de tocarme y ya la despachaba yo para su casita con sus buenos pesos, después de revisarle parte por parte su cuerpo para ver si encontraba un cabellito, un lunar, una cicatriz que tuviera algo que ver con Camelina, pero me cansaba de lamer aquí y allá, de arañar y de husmear por un lado y por otro sin encontrar más que una pobre mujer desnuda, sin nada por dentro que no fuera una frutita desconocida, un arroyo seco que no va para ninguna parte.

Ahora vamos de regreso. Comienzo a darme cuenta de que nunca encontraré a Camelina. Pero, también, de que ya no puedo hacer otra cosa que seguir buscándola, aunque me dedique a otros asuntos, aunque se me olvide que la busco, aunque, igual que el Giro, no sea yo más que un pobre y triste viejo sombrerero. No puedo hacer otra cosa que seguir aquí, girando en círculo en este remolino de veredas trenzadas que me dejó el gran remolino. Sin rumbo, sin pueblo, sin Camelina. Sin más sombra que la de misombrero.

Índice

9	Ambrosia pidió lluvia
13	Antes del novenario
23	El tundo marrón
37	La espada de los chanes
55	A la sombra del sombrero